7967

AZORIN

Martínez Ruiz José

OLD SPAIN

Comedia en tres actos
y un prólogo.



3
EDITORIAL CARO RAGGIO
MADRID - MCMXXVI

OLD SPAIN

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

IMP. CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID

AZORIN

OLD SPAIN

Comedia en tres actos
y un prólogo



Editorial Caro Raggio
Mendizábal, 34, Madrid

A PEPITA Y A SANTIAGO

A la señora doña Josefina Díaz de Artigas y al señor don Santiago Artigas.

Admirables, en el arte; meritísimos, en la amistad.

AZORÍN

Esta obra ha sido representada por la compañía Díaz-Artigas con el siguiente reparto:

Pepita, Josefina Díaz de Artigas. Lucita, Carmen M. Ortega. Juliana, Isabel Zurita. Doña Marcela, Elena Rodríguez. Agueda, Natividad Ríos. Blasa, Emilia de Haro. Marqués de Cilleros, Manuel Díaz de la Haza. Don Joaquín, Santiago Artigas. Míster Brown, Manuel Díaz González. Actor, Fernando F. de Córdoba. Señor Cicuendez, Fulgencio Nogueras. Don Claudio Pisana, Rafael Ragel. Alcalde, José Trescoli. Corresponsal, Octavio Castellanos. Don Vedasto, Rafael Ragel. Don Nemesio, Aniceto Alemán. Lorenzo, Manuel Dicenta.

Apuntadores: Joaquín Llácer y Jaime Rosa.

Director de escena: D. Manuel Díaz de la Haza.

La interpretación fue delicada, escrupulosa, genial.

PRÓLOGO

A telón corrido. Se oyen voces de una disputa; sale un actor; figura que acaba de interrumpir una discusión.

EL ACTOR

Señores y señoras: El director de escena y el autor... *(Aparece por un lado del escenario, cautelosamente, míster Brown, vestido de payaso. Lo ve el actor y se dirige a él.)* ¿Qué hace usted ahí, míster Brown? No está permitido escuchar; usted no puede oír lo que estoy diciendo.

MÍSTER BROWN

¿Yo no poder oír lo que está usted diciendo? ¿No estar permitido escuchar?

EL ACTOR

¡No; no, señor! Puede usted marcharse; márchese usted.

MÍSTER BROWN

Yo ser muy amigo de usted. Yo quererle a usted mucho; yo llevarle a usted en mi corazón. ¿Eh, señor Antoine?

EL ACTOR

Ni yo me llamo Antoine, ni soy amigo de usted. ¡Largo! No es cosa de broma; estoy hablando en serio con estos señores. Hágame el favor...

MÍSTER BROWN

¿No poder oír ni una palabra? Usted habla con mucha elocuencia, eh; sí, con mucha elocuencia, señor Antoine; es usted un gran orador. ¿No? Déjeme; déjeme tener el gusto de

escuchar su bella, su gentil, su hermosa, su soberana, su maravillosa palabra.

EL ACTOR

Bueno, bueno; si usted no se marcha, yo no puedo continuar.

MÍSTER BROWN

¿Y por qué no poder continuar?

EL ACTOR

Porque usted no debe saber lo que estoy diciendo.

MÍSTER BROWN

¿Y por qué no debo yo saber lo que está usted diciendo?

EL ACTOR

¡Caray, qué posma de hombre! Porque si lo oyera usted, pues ya no habría comedia.

MÍSTER BROWN

Y si no habría comedia, ¿yo no podría trabajar en la obra?

EL ACTOR

¡Naturalmente!

MÍSTER BROWN

¡Ah, señor Antoine! Entonces, yo me marcho. Yo quiero trabajar en la obra. Yo quiero lucirme en la comedia. ¡Adiós, adiós, señor Antoine! ¡Abur, señor Antoine! ¡Que lo pase usted bien, señor Antoine!

EL ACTOR

¡Qué pesadez! Llámeme usted como quiera, pero... márchese. *(Se marcha míster Brown.)* Perdone el respetable público. Tenía yo el honor de estar diciendo que el director de escena y el autor han mantenido una empeñada discusión... empeñada, pero, vamos, cordial... Una empeñada discusión sobre la obra que vamos a representar. El texto de la obra no es largo; pero hay varios cambios de decoración que exigen bastante tiempo. El director y el autor —y en esto están los dos de acuerdo— temen que el público se impaciente. Un público impaciente es siempre temible. Para ganar tiempo —ya que no se pueda ganar otra cosa— el autor ha decidido suprimir el prólogo. *(Aparece otra vez, por un lado del escenario, calladamente, míster Brown. El actor lo ve y le dice:)* Pero, bien, míster Brown, ¿no se había usted marchado?

MÍSTER BROWN

No he oído nada, señor. He estado en mi cuarto, señor.

EL ACTOR

¿No se había usted marchado?

MÍSTER BROWN

Sí, me había marchado; pero... he vuelto.

EL ACTOR

Ya lo veo. Ya veo que se empeña en oír usted lo que no le importa. Y se lo vuelvo a repetir...

MÍSTER BROWN

¿Usted quererme a mí repetir una cosa? Yo le quiero repetir también a usted otra cosa.

EL ACTOR

Déjeme usted hablar. ¿Qué quiere usted repetirme?

MÍSTER BROWN

Que yo soy un amigo entusiasta, apasionado, fervoroso, frenético, de usted, señor Antoine.

EL ACTOR

No necesita usted repetirme esas simplezas. Voy a acabar de hablar con los señores. Estamos gastando un tiempo que vamos a necesitar luego. Dispóngase a trabajar en la comedia.

MÍSTER BROWN

¿No le gusta a usted la comedia?

EL ACTOR

Eso ya lo veremos luego. Ahora, márchese.

MÍSTER BROWN

¿Y si no quiero marcharme?

EL ACTOR

Yo le diré a todos estos señors que le echen a usted.

MÍSTER BROWN

Pues yo traeré a mis amigos para que me defiendan.

EL ACTOR

¿Quiénes son los amigos de usted?

MÍSTER BROWN

Mis amigos son Pierrot, Pantalón, Franca-Tripa, Arlequín, el capitán Ceremonia...

EL ACTOR

¡Bah, bah, bah, bah!

MÍSTER BROWN

¡Ah, ah, ah, ah!

EL ACTOR

Si no quiere usted marcharse, no comienza la función.

MÍSTER BROWN

¿No comienza la función?... Entonces, me marcho. ¡Adiós, adiós, señor Antoine; querido señor Antoine, amadísimo señor Antoine!... *(Se marcha míster Brown.)*

EL ACTOR

Perdone el respetable público; tenía yo el honor de ir diciendo que en el prólogo suprimido se hacía ver al protagonista en su misma patria de Nueva York. El protagonista es un archimillonario, hijo de padre español y de madre norteamericana. Siente grandes deseos este señor de venir a España. Toda su vida —no es viejo— la ha pasado rodeado, en su despacho, de ambiente español. Pero quiere venir a España, no como multimillonario, sino fingiéndose

pobre para poder vivir ignorado en una vieja ciudad castellana. (¡Qué cosas tienen algunos millonarios norteamericanos!) Su tío, español, trata de disuadirle de su intento, pero como el protagonista es un poco temático y un mucho extravagante, se sale al cabo con la suya y emprende el viaje a España. Le decía su tío que con tantos millones sería imposible pasar inadvertido en una pequeña ciudad. Pero él no le ha hecho caso a su tío... Y ya está aquí nuestro hombre entre nosotros. Va a aparecer dentro de un momento; ustedes lo van a conocer en seguida.

Señoras y señores: El autor me encarga pida a ustedes por adelantado perdón por sus muchas faltas. Si ustedes no quieren... *no lo hará más. (Vuelve a aparecer míster Brown.)* ¿Aquí otra vez?

MÍSTER BROWN

Yo ser muy amigo de usted.

EL ACTOR

¿Ha oído usted algo?

MÍSTER BROWN

Yo no he oído nada; ni una palabra.

EL ACTOR

Pues si tan tozudo es usted... ahí se queda con los señores; yo he terminado. Ahora usted se arreglará como pueda. *(Se marcha el actor.)*

MÍSTER BROWN

¿Que yo me arreglaré como pueda? ¿Han oído ustedes? ¿Y qué hago yo ahora? ¡No, no, esto no es el circo! No tengo aquí ni trapecio, ni barras fijas, ni aros, ni pesas... ¿Ustedes creen algo de lo que les ha contado ese señor? Seguramente les habrá contado una porción de boberías. Ese señor es un iluso... ¡Ay, me está oyendo! Está allí enfrente, allá arriba. ¡Vaya, adonde se ha colocado! ¡Ja, ja, ja! ¡Eh, señor Antoine! Yo voy a subir también ahí a acompañarle a usted; yo soy siempre su amigo de usted... Voy, voy. ¿Por dónde salgo?

(Intenta saltar por las candilejas.) ¡No, no; por aquí, no, que está muy alto. *(Asomándose a la concha del apuntador.)* Por aquí tampoco puedo salir; está ocupado. La función debe comenzar en seguida. ¡Eh, señor Antoine! Iré por este lado...¡Adiós, señores, adiós! Lo que me voy a reír después... ¡Ja, ja, ja!

ACTO PRIMERO

Salita modesta. Puertas, al fondo y a la derecha. Al levantarse el telón se oye una flauta dentro. Se hallan en escena DOÑA MARCELA y LUCITA.

LUCITA

Vamos, mamá; te encuentro como siempre, aquí, sola y llorando.

DOÑA MARCELA

Déjame llorar, Lucita.

LUCITA

Pero, mamá, ¿por qué vas a llorar?

DOÑA MARCELA

Lloro, ya lo sabes, porque cada vez que oigo tocar la flauta al señor Cicuendez me acuerdo de tu pobre padre.

LUCITA

Pero, entonces, ¡no se va a acabar tu llanto nunca! Porque todas las mañanas, sin faltar una, el señor Cicuendez toca en su cuarto la flauta.

DOÑA MARCELA

Y yo me acuerdo de tu pobre padre, que tan buen músico era.

LUCITA

Pero, mamá, serénate. Eso no es razón.

DOÑA MARCELA

Sí es razón. Me acuerdo de tu pobre padre

y me acuerdo de aquellos tiempos en que nosotras éramos otra cosa de lo que somos ahora.

LUCITA

Sí; yo era entonces chiquita, pero yo también me acuerdo. Entonces éramos ricos. Ahora no lo somos. Pero, ¿le pedimos nosotras nada a nadie?

DOÑA MARCELA

¡Tener una casa de huéspedes!...

LUCITA

Tener una casa de huéspedes y ser tan decentes como lo sea el que más. ¡Qué importa que el trabajo sea uno u otro! La cuestión, mamá, es que el trabajo sea decoroso.

DOÑA MARCELA

¡Tener una casa de huéspedes!

LUCITA

¡Dale! ¿Y qué más da tener una casa de huéspedes o una fábrica de sombreros o un obrador de plancha?

DOÑA MARCELA

Pero cuando me acuerdo de aquellos tiempos...

LUCITA

Aquellos tiempos no son estos. Tienes razón. Pero, ¿es deshonra el vivir del trabajo? Y luego, los huéspedes que tenemos todos son personas decentes, dignísimas...

DOÑA MARCELA

Sí, es verdad. Si no fuera por eso...

LUCITA

Son todos como de la familia. Ya ves, el señor Cicuendez, don Claudio, don Joaquín, mís-

ter Brown. Con los cuatro, y sin necesidad de más, tenemos para ir pasando.

DOÑA MARCELA

Los cuatro como de la familia. El señor Cicuendez...

LUCITA

El señor Cicuendez, el profesor de música en la escuela de Artes y Oficios, ¿no es un bellísimo sujeto? En toda Nebreda no hay mejor persona.

DOÑA MARCELA

En toda Nebreda no se puede encontrar un hombre más bueno. Es verdad.

LUCITA

Pues, ¿y don Claudio Pisana? ¡Pobrecito capellán de las Agustinas! Menos quehacer que él no podría dar nadie. Está quietecito en su

cuarto. Se levanta temprano; dice su misita... y luego a pasear y a rezar sus horas.

DOÑA MARCELA

¡Santo varón! ¡Ni que fuera un ángel!

LUCITA

¿Y míster Brown?

DOÑA MARCELA

¿Por qué le llamas siempre míster Brown?

LUCITA

Ese es su nombre artístico, mamá. El quiere que le llamen siempre así. Se llama Moreno. Pero, ¿crees tú que para un artista de circo, para un clown como él, puede servir el nombre de Moreno? Se pone en los carteles míster Brown.

DOÑA MARCELA

¡Ay, ese míster Brown qué extravagante es!

LUCITA

No, mamá, no. Es también un hombre bonísimo. Se quedó aquí cuando se marchó la compañía en la cual trabajaba. El médico le dijo que necesitaba una temporadita de descanso. En Nebreda se quedó reponiéndose. Su familia está en Madrid. Esto es más sano, aire de montaña... Y míster Brown, en medio de sus extravangancias, es delicioso.

DOÑA MARCELA

¡Delicioso! Como don Joaquín. Para ti todos son deliciosos.

LUCITA

No, mamá. Conozco a la gente. Sé distinguir de personas. ¿Tú crees que yo no he olido algo de lo que es don Joaquín?

DOÑA MARCELA

Don Joaquín es un misterio, Lucita. Lo te-

nemos aquí de huésped desde hace un mes y no sabemos quién es. No sabemos ni de dónde ha venido ni cuál es su posición.

LUCITA

No hace nada malo, mamá. Don Joaquín vino un día aquí sin conocer a nadie en Nebreda. Se hospedó en esta casa y aquí está.

DOÑA MARCELA

¿Y qué hace don Joaquín? ¿En qué se ocupa?

LUCITA

En lo que se ocupan muchos españoles: en nada. Pero es una bellísima persona.

DOÑA MARCELA

¡Todos bellísimas personas! ¡Qué inocente eres, Lucita!

LUCITA

¿Inocente yo porque digo que don Joaquín es un caballero?

DOÑA MARCELA

Hay algo en ese señor que me intranquiliza. *(Mira al reloj de pared.)* Las ocho. ¡Juliana, Juliana, el chocolate para el señor Cicuendez! Hay algo en don Joaquín que me intranquiliza.

LUCITA

¿Y qué es lo que te intranquiliza, mamá?

DOÑA MARCELA

Me intranquiliza su aire de misterio... sus largos paseos solitarios...

LUCITA

Y el no saber —¡pícara curiosidad!— ni de dónde viene ni cuál es su posición.

DOÑA MARCELA

Su posición creo que no puede ser más modesta. *(Sale Juliana, llevando en una bandeja un chocolate.)* ¿Está bien espesito, Juliana?

JULIANA

Sí, señora, sí.

DOÑA MARCELA

¿Y el pan, está bien frito?

JULIANA

Los picatostes, como no se comen más en Nebreda. Gloria da verlos.

LUCITA

Eres un primor para la cocina, Juliana.

JULIANA

Don Joaquín me lo dice muchas veces.

LUCITA

¿Habla contigo don Joaquín?

JULIANA

¡Toma que si habla! ¡Más párrafos echamos los dos!...

LUCITA

¿Y qué es lo que te dice don Joaquín?

JULIANA

No hay un hombre tan bueno como ese. Sólo que tiene la manía de creer que es muy rico; él me dice riendo que es millonario, y yo, ¡claro!, me río también.

LUCITA

Sí, esa es la manía que tiene don Joaquín.

DOÑA MARCELA

¿Don Joaquín, millonario? ¡Anda con Dios!

LUCITA

Pero fuera de esa manía, mamá, es un hombre que da gusto hablar con él. ¡ Sabe más cosas !

JULIANA

Sí, señora; debe de haber viajado la mar.

LUCITA

Yo tengo la preocupación de que don Joaquín no es lo que parece.

DOÑA MARCELA

¡ A ver si resulta un millonario de veras !

LUCITA

Millonario, no; pero es hombre que debe de haber sido rico. A los dos días de estar aquí, ya tenía yo mis sospechas.

DOÑA MARCELA

¿ A los dos días ?

LUCITA

Sí; verás... La primera ropa interior que dió a la lavandera, yo la vi. El traje de don Joaquín, ya lo sabes, es muy modesto... Y, sin embargo —¡qué cosa tan rara!—, la ropa interior es finísima, de lo mejor, de todo lujo.

JULIANA

Es verdad, señorita. Yo me he fijado también.

DOÑA MARCELA

¡Que se está enfriando el chocolate! Anda y vuelve si quieres. *(Mutis Juliana.)*

LUCITA

Y no es eso solo de la ropa blanca; es que don Joaquín tiene unos modales como de persona muy distinguida.

DOÑA MARCELA

Hay que ver, Lucita, a don Joaquín cuando

manda una cosa y tardan un minuto en hacerla. ¡Cualquiera diría que ese hombre es un emperador!

LUCITA

Son rarezas de los hombres, mamá. En cambio, cuando se pone a hablar, a contar sus cosas, no hay un hombre más fino.

DOÑA MARCELA

Yo no sé... no sé... Me inquieta el tal don Joaquín. *(Vuelve Juliana.)*

JULIANA

No tiene usted razón, señora, no. Don Joaquín es campechano, bonísimo.

DOÑA MARCELA

Campechano... y variable... y extravagante. ¡Jesús y qué de disparates se le ocurren! Yo creo que ni míster Brown cuando trabaja en el circo es más extravagante que él.

LUCITA

Vamos, vamos, mamá. Extravagante, sí; pero, ¡qué buen corazón!

JULIANA

¿Y si luego resultara que don Joaquín era rico?

DOÑA MARCELA

¿Rico don Joaquín y viviendo aquí? ¿Tú crees que un hombre rico va a tener el capricho de vivir como un pobre?

JULIANA

Puede que sea rico don Joaquín; pero lo que es español, no es.

LUCITA

Pues el apellido bien español es: Don Joaquín González.

JULIANA

El apellido será español; pero, ¿qué quiere usted que le diga, señorita? Yo, cada vez que le oigo hablar, me parece que oigo hablar a un extranjero que hubiera nacido en España.

LUCITA

La verdad es esa, sí; habla con un acento... No es que hable mal el castellano; pero parece que no es un español quien lo habla.

JULIANA

¿Y qué es eso que dice de cuando en cuando... unas palabras raras?

DOÑA MARCELA

¡Ah, es verdad! Dice algo así como *olé chipén.*

LUCITA

¡Qué disparate! *¡Olé chipén!* Lo que dice

(y a mí me lo ha explicado él mismo) es *Old de Spain;* que quiere decir *Vieja España.*

DOÑA MARCELA

¿Y por qué dice eso de vieja España?

LUCITA

¡Vaya usted a saber! Rarezas. Frases que dicen los hombres que han corrido mundo.

JULIANA

Y más vale que diga eso que no otra cosa.

LUCITA

¡Y qué bien le imita míster Brown! *(Imitándole.)* "Doña Marcela... Lucita... Juliana... ¡Oh Juliana!... pintoresco, pintoresco... mucho color, mucho color... *Old Spain!*"

DOÑA MARCELA

Juliana, la tarea de la casa te espera.

JULIANA

Voy, señora. *(Mutis Juliana. Y sale don Claudio.)*

DON CLAUDIO

¡Buenos días nos dé Dios! ¡Santos y buenos días!

DOÑA MARCELA

Buenos días, don Claudio.

LUCITA

Buenos días.

DON CLAUDIO

¿Hay alguna novedad? ¿Ocurre algo por el mundo?

DOÑA MARCELA

Nada, don Claudio. Ninguna novedad.

DON CLAUDIO

Hoy lo mismo que ayer. Y mañana lo mismo que hoy. ¿No se dice así? ¿No ha dicho eso algún clásico? Y así vamos, poco a poco, caminando, caminando...

LUCITA

Y más vale, don Claudio, que caminemos poco a poco y no de prisa.

DON CLAUDIO

Es verdad. No debemos tener prisa para llegar adonde, de todos modos, hemos de llegar. Poquito a poco... Y lo que hace falta es que podamos ir pasando. ¡Unos tanto y otros tan poco!

LUCITA

Esa es la vida, don Claudio.

DON CLAUDIO

No, si yo no pido torres ni montones. Yo siempre digo: "Señor, con unas cuantas pesetillas, pocas, muy pocas, para tapar las goteras de la iglesia de las Agustinas y que no se venga abajo la bóveda... con unas cuantas pesetillas, me contentaba." Y esas pesetillas no vienen.

DOÑA MARCELA

La canción de siempre, don Claudio.

DON CLAUDIO

Sí, mi canción de todos los días, y las pesetillas, dos o tres mil, no vienen. Y la bóveda de la iglesia se hunde.

DOÑA MARCELA

¿No dicen que don Joaquín es millonario? Que apronte él esas pesetillas.

DON CLAUDIO

¡Tate! Ya ha salido el dichoso don Joaquín. Era milagro. ¡Poco que hablaron de él anoche en la rebotica de Críspulo Pérez!

LUCITA

¿Que hablaron de don Joaquín?

DON CLAUDIO

Lo menos una hora. Bueno se está poniendo el pueblo. Que si don Joaquín es un tal; que si don Joaquín es un cual... Dios me libre de murmuraciones y, sobre todo, que don Joaquín es un personaje de cuenta.

DOÑA MARCELA

¿Usted también? ¡Pero cómo anda usted de la mollera, don Claudio!

DON CLAUDIO

¿Cómo quiere usted que ande, doña Marce-

la? El mundo está de tal modo, que ya no me extrañaría el mayor disparate... Pues sí; anoche contaban... ¡Qué les vóy a decir a ustedes! En fin, corren por ahí tales rumores... El pueblo está soliviantado.

LUCITA

¿Cómo, don Claudio? Pero, ¿es que ahora va a resultar que don Joaquín va a promover una revolución en Nebreda?

DON CLAUDIO

Lo que fuere sonará. Doña Marcela, Lucita: me voy a mi misa de las Agustinas. No murmuremos nunca del prójimo. Todos somos hermanos. ¡Ay, si yo tuviera esas pesetillas para la bóveda de la iglesia! *(Mutis don Claudio.)*

DOÑA MARCELA

¡No, si ya te decía yo, Lucita, que este don Joaquín nos va a traer alguna complicación! ¡Señor, si no puede ser! Un hombre que está

diciendo a cada paso eso de *olé chipén,* no puede ser cosa buena.

LUCITA

¡ Pero, mamá, por Dios! Son aprensiones tuyas; no hay motivo para la menor alarma.

DOÑA MARCELA

Ya ves lo que van diciendo por el pueblo; que si don Joquín esto, que si don Joaquín lo otro.

LUCITA

Dirán lo que quieran; el hecho es que nosotras no tenemos motivos para sospechar de nada; es decir, nada malo, de don Joaquín. A lo mejor puede que resulte que es multimillonario.

DOÑA MARCELA

¿Tú también? ¡Dale con los millones!

LUCITA

Quien dice millonario dice hombre rico... que tiene tierras, o lo que sea, en alguna parte.

DOÑA MARCELA

¡Como no tenga! *(Entra Cicuendez.)*

CICUENDEZ

¡Paz y armonía!

DOÑA MARCELA

Buenos días, señor Cicuendez.

CICUENDEZ

Paz y armonía y, desde luego, melodía también. ¿Hay alguna novedad?

DOÑA MARCELA

Ninguna, señor Cicuendez.

CICUENDEZ

Ninguna, ¿eh?

DOÑA MARCELA

Ninguna.

CICUENDEZ

¿Conque ninguna?

DOÑA MARCELA

Absolutamente ninguna.

CICUENDEZ

¿De veras que ninguna?

DOÑA MARCELA

De veras, señor Cicuendez.

CICUENDEZ

Pues... háganme el favor de sentarse. No

estén de pie; siéntense; no quiero que se caigan de espaldas cuando les dé el notición. *(Se sientan alarmadas, nerviosas.)* ¿Con que no hay ninguna novedad, eh? Vaya, vaya. *(Pausa. Y de pronto, dando una gran voz:)* ¡Don Joaquín! *(De un salto se ponen de pie doña Marcela y Lucita.)*

DOÑA MARCELA

¡Jesús!

LUCITA

¡Qué hombre, este señor Cicuendez!

CICUENDEZ

¿Conque ninguna novedad? Siéntense; háganme el favor. *(Otra pausa y otra gran voz.)* ¡Don Joaquín! *(Otro salto nervioso de las dos mujeres.)*

DOÑA MARCELA

¡Pero, señor Cicuendez!

LUCITA

¡ Pero, por Dios!

DOÑA MARCELA

¡ Estoy asustada!

LUCITA

¡ Estoy temblando!

CICUENDEZ

Bueno, bueno, doña Marcela, Lucita. ¿ Conque no hay ninguna novedad? *(Nueva pausa y nuevo grito.)* ¡ Don Joaquín!

DOÑA MARCELA

¿ Acabará usted, hombre?

LUCITA

No es cosa de broma.

CICUENDEZ

Sí, señoras mías; conmigo no hay misterios. Lo sé todo; lo adivino todo.

LUCITA

Pero, ¿qué es lo que sabe usted, hombre de Dios?

CICUENDEZ

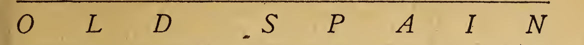
¡Qué tumulto había anoche, a última hora, en el saloncillo del Casino donde se reunen los señores graves! Perico, el mozo que sirve en el saloncillo, se desgañitaba gritando: "¡Don Joaquín es un farsante! ¡Don Joaquín es un farsante!".

DOÑA MARCELA

Silencio. Puede estar ahí.

LUCITA

No, no está; ha salido a primera hora.



CICUENDEZ

Sí; todo el pueblo está alborotado. Unos a favor de don Jaquín y otros en contra de don Joaquín.

LUCITA

¿Y usted qué dice, señor Cicuendez?

CICUENDEZ

Lo que digo yo...

LUCITA

Sí; ¿usted cree que don Joaquín?...

CICUENDEZ

Yo tengo datos ciertos, seguros. Anoche lo vieron.

LUCITA

¿A quién vieron?

CICUENDEZ

A don Joaquín. Lo vieron; ya no es posible dudar; lo vieron.

LUCITA

Pero, ¿dónde lo vieron? ¿Qué es lo que vieron?

CICUENDEZ

Me lo contó todo después, en el Casino, Cirilo Parra. ¿Conocen ustedes a Cirilo Parra? Cirilo Parra estaba anoche, a las nueve, hablando con su novia. La novia de Cirilo vive en la calle de Trajineros, esquina a la del Reloj. Estaba hablando Cirilo con su novia, a las nueve, y de pronto...

DOÑA MARCELA

¿Qué?

LUCITA

¿Qué sucedió?

CICUENDEZ

(Dando una gran voz.) ¡Don Joaquín!

DOÑA MARCELA

¡Ave María Purísima!

LUCITA

¿Y qué importa que don Joaquín estuviera allí, mamá?

CICUENDEZ

Don Joaquín estaba allí esperando a alguien.

LUCITA

¿A una mujer?

DOÑA MARCELA

¡Don Joaquín... Tenorio!

CICUENDEZ

No, señoras mías; esperaba... lo que vino

después. Y vino un magnífico automóvil por la carretera de Madrid. Magnífico de veras. Me lo ha dicho Cirilo. Y del automóvil se apeó un señor. Un señor elegante, elegantísimo... Y le dió un abrazo a don Joaquín. Y le entregó una cosa.

DOÑA MARCELA

¿Una bomba?

LUCITA

¡Don Joaquín conspirador!

CICUENDEZ

¡Vamos, ahora tomen ustedes a broma lo que les he dicho! ¡No se puede tratar con el sexo débil! Son ustedes incorregibles.

LUCITA

Es una comedia todo eso.

DOÑA MARCELA

Una fantasía.

CICUENDEZ

¡Fantasía, no!... ¡Don Joaquín! Y que tuviera yo sus millones.

DOÑA MARCELA

¡Qué locura!

LUCITA

Señor Cicuendez, está usted guillado.

CICUENDEZ

Lo primero que haría yo sería reparar la escuela de Artes y Oficios, que se está hundiendo. Los pobres muchachos se ahogan en verano de calor y tiritan en invierno de frío. ¡Qué lástima no tener yo unos miles de pesetas!

DOÑA MARCELA

La tonadilla de todos los días.

CICUENDEZ

Armonía, paz... y, desde luego, melodía. *(Se marcha. Breve pausa y asoma después la cabeza y da otra voz.)* ¡Don Joaquín!

DOÑA MARCELA

¡Jesús!

LUCITA

¡Ay!

DOÑA MARCELA

Pero, ¿has visto, Lucita?

LUCITA

Sí, mamá, ya veo que... No sé lo que va a pasar aquí.

DOÑA MARCELA

Yo ya voy dudando.

LUCITA

¿Quién será don Joaquín?

DOÑA MARCELA

¿Un conspirador?

LUCITA

¿Un apache disfrazado?

DOÑA MARCELA

¡Qué horror! *(Entra míster Brown. Imita a don Joaquín. Habla con un ligero acento extranjero. Pone su sombrero en la punta del bastón, le da vueltas en el aire, lo arroja a lo alto y lo recoge. Después baila un poco en medio de la escena).*

MÍSTER BROWN

"Doña Marcela, Lucita... Vengo de dar mi paseo matinal... Encantado, encantado... Pintoresco, pintoresco ... Mucho color... mucho color; *Old Spain.*" *(Pausa.)* Y ahora, doña Marcela, Lucita, no como don Joaquín, sino como míster Brown, les digo a ustedes: ¡Qué publiquito! El pueblo está que arde. ¡Cómo estaba anoche el saloncillo del casino! Imponente, imponente.

DOÑA MARCELA

Pero ¿usted también cree que don Joaquín es un millonario?

MÍSTER BROWN

Si fuera millonario, ¿estaría aquí? Pero, en fin, yo no creo ni dejo de creer. Tengo la obligación, por mi respetable cargo, de creer en las extravagancias. ¿Quién es don Joaquín? ¿De dónde viene don Joaquín? ¿Es rico o es pobre don Joaquín? Esto es lo que a estas horas pre-

gunta todo el pueblo. La cosa está que arde. En fin, señoras mías, voy a mi cuarto a ponerme mi uniforme. Yo no puedo estar un solo día sin ponerme mi querido uniforme, mi traje de faena. ¡ Ay, cuántas ganas tengo de volver a trabajar en el circo! Y mi mujer y mis chicos que me están esperando allí en Madrid. Llevo aquí cerca de mes y medio... He visto al médico en la calle ahora mismo. Me ha dicho que estoy ya bien. Sí; estoy fuerte, robusto... *(Volviendo a imitar a don Joaquín.)* "Doña Marcela, Lucita: pintoresco... pintoresco... mucho color, mucho color... *Old Spain.*" *(Desaparece.)*

DOÑA MARCELA

Todos locos en esta casa.

LUCITA

En esta casa y en el pueblo.

DOÑA MARCELA

Ea, Lucita, al trabajo. Voy a trajinar un poco por ahí dentro. *(Se marcha. Lucita coge una la-*

bor y se sienta a trabajar junto al balcón. Pausa. Aparece don Joaquín y hace lo mismo que antes hacía míster Brown. Cuelga el sombrero en el extremo del bastón, lo lanza al aire y lo recoge. Bailotea después en el centro de la sala).

DON JOAQUÍN

Lucita, vengo de dar mi paseo por el campo. Mi paseo de todas las mañanas... Pintoresco... pintoresco... mucho color... mucho color... *Old Spain*... ¿Qué hace usted tan sosegada, tan espiritual, tan simpática?

LUCITA

Gracias, don Joaquín por sus piropos. Trabajo como siempre.

DON JOAQUÍN

¡Oh, el trabajo es una gran virtud... para los demás!

LUCITA

¿Usted no trabaja nunca, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

Yo soy multimillonario. ¿Para qué voy a trabajar?

LUCITA

Si es usted multimillonario, ¿cmo no se le conoce?

DON JOAQUÍN

¿En qué se me va a conocer, Lucita?*(Bailotea otra vez en el centro de la escena)* ¿Usted no había visto nunca bailar a los multimillonarios? ¡Oh, gran cosa! Pintoresco... pintoresco... En España, ¿no bailan los multimillonarios? ¿Son graves todos, tiesos, solemnes? ¿Son serios? ¿Es preciso, Lucita, que un multimillonario sea una persona seria? ¡Oh, España, vieja España! *Old Spain!*

LUCITA

¿No es usted español, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

Español castizo. Español hasta las cachas. ¿No se dice así?

LUCITA

No es usted serio, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

¿Cómo? Pero, ¿usted se había figurado que yo era un hombre serio? ¡Qué horror! Vamos a ver, Lucita, un momento de confidencias: ¿en qué piensa usted ahora?

LUCITA

Pienso en que dicen por ahí muchas cosas.

DON JOAQUÍN

¿Qué cosas dicen por ahí?

LUCITA

¿No se incomodará usted?

DON JOAQUÍN

¿Puedo yo incomodarme nunca?

LUCITA

Dicen que le han visto a usted en la Alameda vieja.

DON JOAQUÍN

¿Y en la Alameda vieja, qué hacía yo?

LUCITA

Pasaba por allí también cierta personilla graciosa... Vamos, don Joaquín, cierta personilla como para un millonario.

DON JOAQUÍN

¿Quién era esa personilla graciosa?

LUCITA

La hija del marqués de Cilleros; la condesita de La Llana.

DON JOAQUÍN

¡Oh, Lucita, es verdad! La condesita de La Llana...

LUCITA

¿No le gusta a usted?

DON JOAQUÍN

¡Verdaderamente preciosa!

LUCITA

¿Preciosa de veras?

DON JOAQUÍN

Old Spain! (Don Joaquín baila otro poco en medio de la sala, después se sienta en una silla e inclina el cuerpo y apoya la cabeza en la mano.) "Morir... dormir... ¿Dormir? ¡Quién sabe! Soñar... Sí; ese es el problema. En ese dormir ¿qué sueños se podrán tener?..." *(Pausa ligera. Don Joaquín toma notas en un cuader-*

nito y luego arranca las hojas y las guarda en la cartera).

LUCITA

¿Se aburre usted, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

No.

LUCITA

¿No le gusta a usted Nebreda?

DON JOAQUÍN

No.

LUCITA

¿Y la catedral?

DON JOAQUÍN

No.

LUCITA

¿Y San Damián?

DON JOAQUÍN

No.

LUCITA

¿Y el puente romano?

DON JOAQUÍN

No.

LUCITA

¿Y el Ayuntamiento?

DON JOAQUÍN

No.

LUCITA

¡Jesús, que malhumorado está hoy don Joaquín!

DON JOAQUÍN

"Dormir... soñar..."

LUCITA

¿Qué le pasa a usted, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

Me marcho.

LUCITA

¿Se va usted a pasear por las calles?

DON JOAQUÍN

Me voy a Constantinopla, a la India, a Oceanía...

LUCITA

¡Pues no se va usted poco lejos, don Joaquín!

DON JOAQUÍN

Me marcho.

LUCITA

¿No quiere estar usted más en Nebreda?

DON JOAQUÍN

No.

LUCITA

¿No le gusta a usted tampoco el palacio del marqués de Cilleros?

DON JOAQUÍN

¿Qué decía usted, Lucita?

LUCITA

Que si no le gusta a usted tampoco el palacio del marqués de Cilleros.

DON JOAQUÍN

¿Ha vuelto ya el marqués de su viaje?

LUCITA

Hace dos días.

DON JOAQUÍN

He de ir a ver ese palacio.

LUCITA

Debe usted ir. Es lo más bonito de Nebreda.

DON JOAQUÍN

Me interesa mucho el palacio.

LUCITA

¿El palacio nada más, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

Perdone usted, Lucita. ¿No va usted el domingo al baile del casino? Sí; ya sé que va usted. Y yo quiero que luzca usted en el baile un regalito mío... Un regalito modesto..., insignificante... ¿Oye usted, Lucita? Insignificante...

LUCITA

Muy amable don Joaquín.

DON JOAQUÍN

Y yo quiero que luzca usted, sí, este modesto collar de perlas. *(Le entrega a Lucita un collar de perlas.)*

LUCITA

¡Qué precioso collar, don Joaquín! ¡Qué precioso! Muchas gracias, muchas gracias. Precioso, precioso... ¡Qué bien me está! Voy corriendo a enseñárselo a mamá. Gracias, mil gracias... ¡Qué amable, don Joaquín! *(Desaparece. Don Joaquín se sienta en una silla).*

DON JOAQUÍN

"Morir... dormir... ¿Dormir?... ¡Quién sabe! Soñar..." *(Sale míster Brown vestido de payaso).*

MÍSTER BROWN

¡Turidu!

DON JOAQUÍN

Old Spain! (Se abrazan canturreando. Don Joaquín le pone su sombrero a míster Brown; éste le pone su montera a don Joaquín. Don Joaquín le pone la montera a míster Brown y éste su sombrero a don Joaquín. Luego se sienta cada uno en el respaldo de una silla, frente a frente, con los pies en el asiento.) Me aburro, míster Brown.

MÍSTER BROWN

Y yo también, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

La vida es triste.

MÍSTER BROWN

Donde no hay extravagancias, no hay alegría.

DON JOAQUÍN

La vida sin extravagancias es despreciable.

MÍSTER BROWN

¡Quién es usted, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

Yo soy un multimillonario, míster Brown.

MÍSTER BROWN

¿Cuántos millones tiene usted, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

Tengo treinta millones de dólares, míster Brown.

MÍSTER BROWN

Présteme usted dos pesetas, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

¡*Old Spain,* míster Brown!

MÍSTER BROWN

¡Turidu, don Joaquín!

DON JOAQUÍN

¿Qué haría usted si fuese millonario, míster Brown?

MÍSTER BROWN

Reirme de la humanidad, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

¿Y para qué se quiere reir de la humanidad?

MÍSTER BROWN

Para no verme obligado a llorar.

DON JOAQUÍN

Y sin dinero, ¿qué le sucede a usted, míster Brown?

MÍSTER BROWN

Sin dinero me aburro, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

¿Cree usted que los que tienen dinero no se aburren?

MÍSTER BROWN

Se aburrirán, si se aburren, de otra manera.

DON JOAQUÍN

Aburrirse con dinero es más fácil que aburrirse sin él.

MÍSTER BROWN

Prefiero aburrirme con la cartera llena que con la cartera vacía.

DON JOAQUÍN

Yo voy a hacer la felicidad de usted, míster Brown.

MÍSTER BROWN

¡Qué gracioso está el niño! Recuerdos a su tía, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

Gracias, de su parte, míster Brown. ¿Cuánto necesita usted para ser feliz?

MÍSTER BROWN

Un poco más de lo que necesito para ser desgraciado.

DON JOAQUÍN

¿Quiere usted comprar una casita en el campo para retirarse cuando se canse de trabajar en el circo?

MÍSTER BROWN

¡Olé los hombrecitos, don Joaquín!

DON JOAQUÍN

¿Tendrá usted bastante con cien mil duros?

MÍSTER BROWN

Añada usted una pecera con todos sus habitantes, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

¿Para qué, míster Brown?

MÍSTER BROWN

Para que me ría yo de los peces de colores.

DON JOAQUÍN

¿Tiene usted el chaleco blanco de mi tío?

MÍSTER BROWN

No; pero tengo el peine de concha de mi sobrina.

DON JOAQUÍN

Old Spain!

MÍSTER BROWN

¡Turidu!

DON JOAQUÍN

Pintoresco... pintoresco. *(Se suben a las sillas que hay a los lados de la mesa y se sientan en los respaldos.)*

MÍSTER BROWN

¿Quién es usted, don Joaquín? ¡Diablo!

DON JOAQUÍN

Soy un multimillonario que se aburre. ¡Caramba!

MÍSTER BROWN

¿Puedo yo aliviar su aburrimiento, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

¿Quiere ser usted mi secretario general, míster Brown?

MÍSTER BROWN

Tengo una viva simpatía por usted, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

Y yo le profeso un sincero afecto, míster Brown.

MÍSTER BROWN

¿De veras, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

De veras, míster Brown. *(Se levantan y se estrechan la mano; un pie en la silla y otro en la mesa.)*

MÍSTER BROWN

Venga esa mano, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

Ahí va mi mano leal, míster Brown.

MÍSTER BROWN

¡Turidu!

DON JOAQUÍN

¡Old Spain!

MÍSTER BROWN

Tra, la, la...

DON JOAQUÍN

Tra, la, la... *(Desaparecen bailoteando y haciendo visajes cómicos, cada uno por una puerta. Ligera pausa. Entra don Claudio, presuroso, jadeante, pálido).*

DON CLAUDIO

¡Socorro! ¡Socorro! ¡Agua, que me ahogo! *(Salen todos menos don Joaquín).*

DOÑA MARCELA

¿Qué pasa?

LUCITA

¿Qué ocurre?

DON CLAUDIO

¡Agua, agua! *(Se deja caer desplomado en una silla.)*

DOÑA MARCELA

Pero, ¿qué tiene usted, don Claudio?

LUCITA

¿Qué le ocurre a don Claudio?

MÍSTER BROWN

¡Señor don Claudio!

DON CLAUDIO

¡Las pesetas, las pesetas!...

DOÑA MARCELA

¿Le han robado a usted?

DON CLAUDIO

No, no. ¡Que tengo las pesetas! Un sueño todo; parece un sueño. ¡Agua, agua! *(Le trae Juliana un vaso de agua y bebe.)*

LUCITA

Hable usted, don Claudio.

DON CLAUDIO

¡Ay, qué felicidad! ¡Sí; aquí tengo ya las pesetas! ¡Y muchas más! ¡Y muchas más!

DOÑA MARCELA

Cálmese, cálmese, don Claudio.

LUCITA

Explíquenos usted.

MÍSTER BROWN

¡Las pesetas!

DON CLAUDIO

¡Sí; las pesetas!

DOÑA MARCELA

Hable usted; díganos lo que ha sucedido.

DON CLAUDIO

Yo les diré. No lo puedo creer... Estaba yo en la puerta de la iglesia; me encontraba parado un momento en el umbral; en esto llega un señor, un señor elegante, se quita el som-

brero y me dice: "¿Es usted don Claudio Pisana?". "Servidor de usted", le contesto. Entonces él echa mano a la cartera, y me dice: "Tengo para usted un encarguito". Y me alarga un papel. Yo lo cojo, temblando... El caballero, me dice: "Lea usted, a ver si está bien". Yo, leo... ¡Y era un cheque, a mi nombre, de cincuenta mil pesetas!

MÍSTER BROWN

¡Zambomba!

LUCITA

¡Diablo!

DOÑA MARCELA

¡Qué barbaridad!

DON CLAUDIO

Eso dije yo; "¡Qué barbaridad!" Es decir, no dije nada. Se me fué la luz de los ojos; me

arrimé a la puerta, y no sé lo que pasó... Cuando me recobré ya había allí mucha gente.

MÍSTER BROWN

¿Y el cheque?

DON CLAUDIO

El cheque está en mi bolsillo. Aquí lo tengo. Voy a llevarlo a un Banco. ¡Cincuenta mil pesetas! ¡Voy a poner nueva la iglesia! Me marcho corriendo, corriendo... *(Desaparece.)*

DOÑA MARCELA

¡Qué raro!

JULIANA

¡Qué suerte ha tenido el señor!

LUCITA

¡No he visto un misterio como este!

MÍSTER BROWN

Curioso, pintoresco... pintoresco...

DOÑA MARCELA

¡Cincuenta mil pesetas y a su nombre!

MÍSTER BROWN

¿No podré desmayarme yo también? *(Aparece Cicuendez. Entra con la cabeza baja, mohino; da unas vueltas en silencio por la escena. Todos le miran atentamente.)*

DOÑA MARCELA

¿Qué le pasa a usted, señor Cicuendez?

CICUENDEZ

Nada; no me pasa nada.

MÍSTER BROWN

¿Por qué se abrocha usted la americana, señor Cicuendez?

CICUENDEZ

¿Hay por ahí alguien? ¿Saben ustedes si hay cerca guardia civil?

LUCITA

No, no hay nadie. ¿Tiene usted miedo?

CICUENDEZ

(Entra en su cuarto. Pero sale al momento.) La cerradura de mi armario está un poco floja, doña Marcela.

DOÑA MARCELA

¿Lo nota usted ahora? Parece que tiene usted temor de algo.

LUCITA

¿Qué le sucederá al señor Cicuendez?

CICUENDEZ

(Dando una gran voz.) ¡Don Joaquín!

MÍSTER BROWN

Pero explíquese usted, amigo Cicuendez.

DOÑA MARCELA

A usted le sucede algo raro.

JULIANA

Sí; al señor Cicuendez le pasa algo.

LUCITA

¡Vamos, señor Cicuendez! Díganos usted lo que le pasa.

CICUENDEZ

¡Ay, ahora soy yo el que me siento para no desmayarme! ¡Cincuenta mil pesetas!

DOÑA MARCELA

¿Usted también?

LUCITA

¿A usted otras cincuenta mil pesetas?

CICUENDEZ

Sí, señoras mías. ¡Cincuenta mil pesetas!

DOÑA MARCELA

¡Qué raro es todo esto!

LUCITA

¡Qué misterioso!

CICUENDEZ

Estaba yo en la escuela de Artes y Oficios; entra un señor en mi clase, y me dice: "Perdone usted. ¿Don Federico Cicuendez?" "Servidor", le digo yo. Echa mano a la cartera el caballero, y añade: "Tengo para usted un encarguito." Y me alarga un cheque de cincuenta mil pesetas a mi nombre.

DOÑA MARCELA

¡Qué barbaridad!

LUCITA

¡Qué fortuna!

DOÑA MARCELA

¡Lleve usted esas cincuenta mil pesetas a un Banco, señor Cicuendez!

CICUENDEZ

¿A un Banco? ¡No; nunca! ¡Qué horror!

MÍSTER BROWN

¡Señores, el fin del mundo! ¿Dónde está ese tío de los cheques? ¡Que me lo traigan!

LUCITA

¡Vamos a llamar a don Joaquín! *(Le llaman. Sale don Joaquín bailoteando y haciendo movimientos cómicos.)*

DON JOAQUÍN

Míster Brown: *Old Spain!*

MÍSTER BROWN

Don Joaquín: ¡Turidu!

DON JOAQUÍN

Old Spain!

MÍSTER BROWN

¡Turidu! *(Los dos se ponen a bailar en el centro de la escena. Gritos, risas.)*

ACTO SEGUNDO

Sala en casa del marqués de Cilleros. Un retrato de caballero antiguo con armadura. Entran DON JOAQUÍN, MÍSTER BROWN y AGUEDA.

ÁGUEDA

Pasen ustedes aquí y tengan la bondad de esperar. El señor marqués ha salido y no tardará en volver.

DON JOAQUÍN

¡Excelente retrato!

ÁGUEDA

Es el retrato del fundador de la familia. El primer marqués de Cilleros. ¡Quien ha visto esta casa antes y la ve ahora!

DON JOAQUÍN

Lleva una magnífica armadura.

MÍSTER BROWN

A propósito para trabajar en el trapecio.

ÁGUEDA

¿No han estado ustedes nunca en la casa? Arriba, en el salón, hay cuatro o seis armaduras como esa. El salón hace tiempo que está cerrado. ¡Qué tiempos aquellos cuando vivía la señora!

MÍSTER BROWN

¿Qué tiempos eran equellos, buena mujer?

ÁGUEDA

Me llamo Agueda.

DON JOAQUÍN

¿Qué tiempos eran aquellos, Agueda?

ÁGUEDA

La casa estaba entonces como un ascua de oro. Desde que murió la señora, ya todo se acabó. El señor no quiere ver a nadie, ni la señorita tampoco. La señorita es un vivo retrato de su padre.

MÍSTER BROWN

¿La condesita de la Llana?

ÁGUEDA

Sí; el señor la ha cedido ese título, el de condesa de la Llana, a la señorita Pepita.

DON JOAQUÍN

¿No habla con nadie el señor?

ÁGUEDA

Una vida más retirada no la lleva nadie. ¿No conocen ustedes este palacio? Es el más hermoso de toda Nebreda. Y ya ven ustedes... La

familia vive en un rinconcito de este palacio tan grande. Esta sala, con un comedorcito y dos o tres habitaciones más, es todo lo que utilizan.

MÍSTER BROWN

¡Un gran señor que no quiere vivir en su gran palacio!

DON JOAQUÍN

Es verdaderamente curioso este señor. *Old Spain!*

MÍSTER BROWN

Ya siente usted por él verdadera simpatía, don Joaquín.

ÁGUEDA

¡Cuántas salas cerradas! ¿Y el patio? ¿Han visto ustedes el patio? Ya lo verán ustedes todo. El señor tendrá mucho gusto en enseñarles a ustedes el palacio. Las armaduras como esa del

retrato están en el salón de arriba, con muchos cuadros y tapices. ¡Ay, qué tiempos aquellos en que vivía la señora! Ya hace seis años que murió. Y desde entonces no ha habido alegría en esta casa... Esperen ustedes un momento. El señor no tardará en volver. *(Hace mutis Agueda.)*

MÍSTER BROWN

¿Ha visto usted, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

Sí, ya estoy viendo, míster Brown. *(Míster Brown se sienta en el respaldo de la silla con los pies en el asiento.)*

MÍSTER BROWN

¿Cree usted que no hay extravagancias en la casa de un viejo caballero español?

DON JOAQUÍN

Parece que no debía haberlas.

MÍSTER BROWN

Pues debemos esperarlas.

DON JOAQUÍN

Pues que vengan en hora buena. *(Aparece la Condesita.)*

LA CONDESITA

(A míster Brown.) No; no se moleste usted; no baje de la silla.

MÍSTER BROWN

Señorita, perdone usted.

LA CONDESITA

No, si ya le conozco a usted. Le he aplaudido mucho en el circo.

MÍSTER BROWN

Muchas gracias, señorita.

DON JOAQUÍN

No quisiéramos molestar.

LA CONDESITA

¿Esperan ustedes a mi padre? Sí, me lo ha dicho Agueda. Mi padre no tardará en volver.

DON JOAQUÍN

No pensamos molestarle más que un momento.

LA CONDESITA

No molestarán ustedes nada. *(Se sientan.)* Mi padre tendrá mucho gusto en conversar con ustedes.

DON JOAQUÍN

Muchas gracias, señorita. Es usted muy amable.

LA CONDESITA

Y perdonen ustedes que haya entrado... He querido que no les fuera a ustedes muy pesada la espera.

DON JOAQUÍN

La espera, que no tenía nada de pesada, es desde este momento deliciosa.

MÍSTER BROWN

Ahora ya podríamos esperar mucho rato.

DON JOAQUÍN

Media hora, una hora...

LA CONDESITA

¡ Muy amables !

DON JOAQUÍN

La amabilidad es la de este país encantador.

LA CONDESITA

¿No es usted de esta tierra?

DON JOAQUÍN

En espíritu, sí.

LA CONDESITA

¿No es usted acaso español?

DON JOAQUÍN

Lo soy con el corazón.

MÍSTER BROWN

Señorita, ¿se puede gritar viva España?

LA CONDESITA

¿Quién dice que no? *(Se ponen de pie míster Brown y don Joaquín.)*

MÍSTER BROWN

¡Viva España!

DON JOAQUÍN

Old Spain!

LA CONDESITA

España es un país hermoso, ¿verdad?

DON JOAQUÍN

Son bonitos los campos y las ciudades.

LA CONDESITA

Pero usted no parece de aquí...

DON JOAQUÍN

Estoy en el pueblo hace dos meses.

LUCITA

¿Ha visto usted ya toda Nebreda?

DON JOAQUÍN

La veo un poquito cada día. La voy descubriendo a retazos.

LA CONDESITA

¿Ya habrá visto usted la Catedral?

DON JOAQUÍN

Sí, la Catedral es muy hermosa; pero hay otras muchas iglesias bonitas. Como, por ejemplo, San Damián, el Cristo del Arroyo, San Basilio, las Agustinas...

LA CONDESITA

Todas esas iglesias son preciosas.

DON JOAQUÍN

Por las mañanas voy un rato a las iglesias. Sobre todo, a las iglesias de monjas.

LA CONDESITA

¿Y por las tardes? ¡Ah, perdón! ¡Qué indiscreta soy!

DON JOAQUÍN

No, no; yo tengo mucho gusto. Por las tardes leo un poquito y salgo al campo.

LA CONDESITA

La vida aquí es un poco aburrida. Acostumbrado al movimiento de una gran ciudad...

DON JOAQUÍN

¿Usted sabe que estoy acostumbrado al movimiento de una gran ciudad?

LA CONDESITA

Digo, lo supongo; sólo los que vienen de las grandes ciudades encuentran todo su encanto a la vida de los pueblos.

MÍSTER BROWN

¡Ah, naturalmente, naturalmente, señorita!

LA CONDESITA

No sé si he dicho un disparate.

DON JOAQUÍN

No, disparate no. En efecto; para gustar de la paz de los pueblos es preciso venir de las grandes ciudades.

LA CONDESITA

Pero la vida en estos pueblos es aburrida, ¿verdad?

DON JOAQUÍN

Aburrida, ¿por qué?

LA CONDESITA

No hay en estos pueblecitos castellanos el movimiento febril, la actividad...

DON JOAQUÍN

¿Usted cree, señorita, que el movimiento y la actividad hacen el encanto de la vida?

LA CONDESITA

Yo, no; pero lo cree mucha gente. Yo creo lo contrario.

DON JOAQUÍN

¿Cree usted lo contrario, señorita?

LA CONDESITA

Sí, precisamente lo contrario. Yo no podría vivir, por ejemplo, en Nueva York.

DON JOAQUÍN

¿Cómo dice usted, señorita? ¿Qué ha dicho usted? ¿Que no podría usted vivir en Nueva York?

LA CONDESITA

Quien dice Nueva York, dice París, Londres, Buenos Aires...

DON JOAQUÍN

No, no; usted ha dicho en Nueva York. ¿Cómo se figura usted a Nueva York?

LA CONDESITA

¡Qué se yo! Una ciudad muy grande... con mucho ruido... como un torbellino, como un vendaval...

DON JOAQUÍN

Torbellino, vendaval... ¿Y las gentes?

LA CONDESITA

¿Es usted de Nueva York?

DON JOAQUÍN

¿Y las gentes?

LA CONDESITA

¡Dios mío, las gentes de Nueva York!...

MÍSTER BROWN

Don Joaquín: *Old Spain!*

DON JOAQUÍN

¡No interrumpa! ¡No interrumpa! Señorita, ¿cómo se figura que son las gentes de Nueva York?

LA CONDESITA

Yo no quisiera, señor, decir ningún desatino. Pero yo creo, por ejemplo, que en Nueva York las extravagancias no hacen ningún efecto. Las gentes no se asombran de ellas. Y en España, por el contrario, una extravagancia conmueve a todo un pueblo. Un extranjero un poco extravagante podría creer que, para que progresen los españoles, es preciso hacer muchas extrava-

gancias, a fin de que los españoles salgan de sus casillas.

DON JOAQUÍN

¡Señorita! ¡Estoy asombrado, verdaderamente asombrado! ¡Está usted diciendo unas cosas que las he pensado yo!

LA CONDESITA

¿Las ha pensado usted?

DON JOAQUÍN

¡Sí, las he pensado yo y las he escrito!

LA CONDESITA

¿Las ha escrito usted?

DON JOAQUÍN

¡Sí, las he escrito yo! ¡Estoy verdaderamente asombrado! ¡Es usted adivina!

LA CONDESITA

¿Yo, adivina?

MÍSTER BROWN

Adivina y divina.

DON JOAQUÍN

¡Veamos, señorita, veamos! ¡Esto es muy importante!... *(Se oye una voz dentro que dice: "¡La Divina Pastora!")*

DON JOAQUÍN

¿Quién entra aquí? ¿Quién interrumpe? ¡Ah, perdón, perdón, señorita! ¡Creí que estaba en mi casa!

LA CONDESITA

Y lo está usted, en efecto, señor. Esta casa es la suya. *(Entra Blasa.)*

BLASA

¡La Divina Pastora! ¡La Pastorcita Divina! *(Sale, trayendo una imagen de la Divina Pastora.)*

LA CONDESITA

Adelante la Pastorcita, y ustedes perdonen.

BLASA

¿Están ustedes bien? He dado la vuelta al barrio. Ahora le toca a la casa del señor marqués de Cilleros.

LA CONDESITA

Cada ocho días viene la Pastora a casa. ¿Ustedes no saben lo que es la Pastorcita Divina?

DON JOAQUÍN

Esta Pastorcita, no; pero otras pastorcitas primorosas, sí.

MÍSTER BROWN

Un poco de serenidad, don Joaquín.

LA CONDESITA

La Pastorcita es preciosa. Tiene en la peana unos borreguitos blancos. La imagen va dando la vuelta por el barrio. Cuando llega aquí, yo me pongo muy alegre.

DON JOAQUÍN

Perdone, señorita; un momento... Estábamos diciendo...

LA CONDESITA

¿No le gusta a usted la Pastorcita? Estos borreguitos que están alrededor de ella, son blancos, blancos como la nieve.

DON JOAQUÍN

Sí, señorita; es encantadora la imagen. Pero yo quisiera...

LA CONDESITA

¿Y el sombrero que lleva? Es redondo, ancho, con una borlita detrás.

DON JOAQUÍN

Sí, está bien. Yo admiro la borlita y el sombrerito; pero, perdóneme; íbamos diciendo que las gentes de Nueva York...

LA CONDESITA

La Pastorcita parece que va paseando por el campo. Y los borreguitos son blancos, blancos.

DON JOAQUÍN

Sí, señorita, sí. Los borreguitos son blancos, blancos. Pero yo quisiera... Decía usted que la gente de Nueva York...

LA CONDESITA

Y esta Pastorcita es muy milagrosa. ¿Ve usted qué cayado tan bonito lleva?

DON JOAQUÍN

En efecto, señorita; el cayado es precioso. Pero yo le preguntaba a usted si usted cree que las gentes de Nueva York...

LA CONDESITA

¿Ve usted cómo sonríe la Pastorcita?

DON JOAQUÍN

Sí, sí; ya veo cómo sonríe. Pero, perdóneme usted; yo quisiera saber... Ibamos diciendo antes que las gentes de los Estados Unidos...

LA CONDESITA

¿Hablábamos antes de los Estados Unidos? ¡Ah, perdón, perdón! ¿Qué íbamos diciendo? Cuando tengo la Pastorcita delante se me olvida todo. ¿Es que hay Pastorcitas como éstas en esas tierras tan lejanas de que usted me habla?

DON JOAQUÍN

Señorita, perdone usted. Yo me desespero; pregunto; soy indiscreto; soy, si usted quiere, rudo.

LA CONDESITA

¿Cómo voy yo a querer eso? Yo no quiero que usted sea rudo, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

Soy todo lo que usted quiera. Y el tiempo va pasando. ¿No le parece a usted que no se debe perder el tiempo?

LA CONDESITA

¡Perder el tiempo! ¡Qué horror! El tiempo pasa... Dejémosle pasar.

DON JOAQUÍN

Pero el tiempo es la vida.

LA CONDESITA

La vida es pensar, sentir, ver pasar el tiempo.

DON JOAQUÍN

Ver pasar el tiempo, ¡no! ¡Dominar el tiempo!

MÍSTER BROWN

Serenidad, serenidad, don Joaquín.

LA CONDESITA

En un día gris de Castilla —de esta tierra de Castilla cercana al país vasco—, en un día gris, ceniciento, de cielo bajo, ¡qué placer el estar en una ventanita contemplando el horizonte! No sabemos la hora que es; la luz es fina e igual durante todo el día; el cielo es de plata bruñida y el campo es verde. No pasa el tiempo. Hemos detenido el curso de las horas. No sentimos ni ansiedad ni pesar por nada. En nuestro espíritu hay tanta paz como en el campo y en la bóveda

gris del cielo. ¡Y detrás de nosotros, detrás de nuestra personalidad, sentimos un pasado espiritual de siglos y siglos, que es lo que realza y ennoblece todas las cosas y todo el paisaje!...

DON JOAQUÍN

¿Es un sueño todo eso?

LA CONDESITA

¿Qué está usted diciendo?

DON JOAQUÍN

¿Es ese su ideal?

LA CONDESITA

¿Sueño? No; realidad, intensidad de vida; vida íntima y profunda.

DON JOAQUÍN

¿Vida la inactividad? ¿Vida el marasmo?

LA CONDESITA

¡Qué valen todo el trajín del mundo, y todas las máquinas, y toda la actividad industrial, al lado de este minuto pasado en la ventanita contemplando en un día gris el paisaje!

MÍSTER BROWN

¿Qué es lo que decíamos hace un momento?

DON JOAQUÍN

El cielo gris y el silencio profundo...

LA CONDESITA

¡Qué bonita es la Divina Pastora! Los borreguitos son blancos y el sombrero de la Pastora es redondo.

DON JOAQUÍN

Sí. La Divina Pastora... El silencio, la inactividad...

LA CONDESITA

¡Todos la quieren a la Divina Pastora! ¡Todos la queremos! Vamos a llevarla a su sitio, en la otra sala. Vamos, Blasa, trae la Pastorcita. Vamos a ponerle unas flores. Los borreguitos son blancos; el sombrero es redondo y tiene una borlita detrás... *(Salen la Condesita y Blasa.)*

MÍSTER BROWN

¡Preciosa mujer!

DON JOAQUÍN

¡Antipática!

MÍSTER BROWN

¡Hermosísima!

DON JOAQUÍN

¡Insoportable!

MÍSTER BROWN

¡ Lindísima !

DON JOAQUÍN

¡ Cargante ! *(Pausa ligera. Míster Brown se sube a una silla.)*

MÍSTER BROWN

Oiga usted, don Joaquín, ¿ no es un poco redicha esta señorita ?

DON JOAQUÍN

¡ Discretísima !

MÍSTER BROWN

¿ No tiene los ojos un poco pequeños ?

DON JOAQUÍN

¡ Como dos soles !

MÍSTER BROWN

¿No tiene las mejillas un poco pálidas?

DON JOAQUÍN

¡Como dos amapolas!

MÍSTER BROWN

No le conozco a usted, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

¡Estoy furioso, míster Brown! Quiero que pase el tiempo inmediatamente; quiero hacerlo todo en un minuto. ¡Quisiera que ya hubiera pasado una semana, un mes, un año! *(Aparece el Marqués de Cilleros.)*

EL MARQUÉS

Servidor de ustedes.

DON JOAQUÍN

Muy señor mío. Yo soy Joaquín González,

forastero en Nebreda. Míster Brown es mi secretario general.

EL MARQUÉS

Mucho gusto en conocerlos personalmente. De oídas ya les conocía.

DON JOAQUÍN

Perdone usted si vengo a molestarle un momento.

EL MARQUÉS

No me molesta usted.

DON JOAQUÍN

No quisiera interrumpir sus ocupaciones.

EL MARQUÉS

No estoy nunca ocupado. Dispongo de todo mi tiempo para ver pasar la vida. *(Se sientan.)*

DON JOAQUÍN

¿Es usted un espectador de la vida?

EL MARQUÉS

Soy un espectador de la corriente de las cosas.

DON JOAQUÍN

¿Es usted fatalista?

EL MARQUÉS

Voy donde me llevan las cosas.

DON JOAQUÍN

Pero la corriente de las cosas puede ser modificada por nuestra intervención...

EL MARQUÉS

Esa es la gran ilusión humana. Al cabo de todo, cuando se han dado muchas vueltas por el mundo, se advierte la ineficacia del esfuerzo del hombre.

DON JOAQUÍN

La doctrina de usted lleva derechamente a la inacción.

EL MARQUÉS

¿A qué llama usted inacción?

DON JOAQUÍN

El hombre vive para desenvolver su personalidad, y en la acción la desenvuelve.

EL MARQUÉS

¿A qué llama usted inacción?

DON JOAQUÍN

Llamo inacción a la quietud.

EL MARQUÉS

¿Cree usted que sin máquinas, sin empresas industriales, sin grandes negocios no puede haber acción?

DON JOAQUÍN

Condena usted la vida moderna.

EL MARQUÉS

Condeno lo accesorio, lo inútil, lo superfluo de la vida moderna y de todas las vidas.

DON JOAQUÍN

Con el criterio de usted no habría civilización.

EL MARQUÉS

¿Son las máquinas la civilización? Dentro de un hombre quieto puede haber más actividad que dentro de un personaje frenético con los negocios industriales.

DON JOAQUÍN

No puedo comprender el marasmo, ni en el individuo ni en las naciones.

EL MARQUÉS

Pensamiento, pensamiento; meditación, meditación... Toda la actividad de un hombre está ahí... Entre cuatro paredes se puede ser más activo y más feliz que en la más agitada de las ciudades.

DON JOAQUÍN

¿Cree usted que Nebreda es superior, por ejemplo, a Nueva York?

EL MARQUÉS

He estado en muchas capitales del mundo y nunca me he sentido tan dentro de mí mismo, tan activo, como en este viejo pueblo castellano.

DON JOAQUÍN

La humanidad necesita caminar, marchar.

EL MARQUÉS

¿Marchar de prisa, vertiginosamente?

DON JOAQUÍN

Marchar sin detenerse.

EL MARQUÉS

¿Para llegar adónde? ¿Es que la humanidad tiene señalado un momento fijo para llegar a alguna parte?

DON JOAQUÍN

El progreso lo requiere. La marcha de la humanidad no admite detenciones.

EL MARQUÉS

La marcha de la humanidad es indefinida. No tiene la especie humana una hora, repito, para llegar a ninguna parte. Da lo mismo llegar un poco antes que un poco después. Y lo que importa es cómo se llega; es decir, cómo se va llegando lentamente a lo largo de los siglos.

DON JOAQUÍN

En cierto modo usted desdeña el progreso.

EL MARQUÉS

Según del progreso de que se trate. Si es cierto progreso industrial, mecánico, tiene usted razón. Yo no sé por qué he de ser más feliz llegando a San Sebastián desde aquí en seis horas que llegando en doce.

DON JOAQUÍN

Me asombra usted, marqués. Me asombra usted y, escuchándole, después de conocer la opinión que de usted tienen sus convecinos, siento por usted una profunda simpatía.

EL MARQUÉS

Yo también, don Joaquín, charlando con usted parece que charlo con un antiguo amigo.

DON JOAQUÍN

Míster Brown, esto es admirable.

MÍSTER BROWN

Verdaderamente admirable.

EL MARQUÉS

El amigo de usted, míster Brown, a quien yo he admirado en su trabajo alguna vez, debe de pensar algo parecido a lo que yo pienso.

MÍSTER BROWN

Gracias, Marqués. Es usted un caballero perfecto.

EL MARQUÉS

Gracias también, amigo míster Brown.

DON JOAQUÍN

¿Quiere usted que le sea sincero, Marqués?

EL MARQUÉS

Séalo usted, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

Hay en esta tierra un ambiente que me atrae

y me desagrada al mismo tiempo. No sé cómo explicarlo. Me siento atraído y a la vez disgustado por muchas cosas. No acierto a explicármelo.

EL MARQUÉS

Yo se lo explicaré a usted. Soy un poco orador; resabio de mis tiempos del Senado. Cuando usted, en una callejita silenciosa, apartada, contempla un viejo palacio, no siente pasar el tiempo. El silencio, la paz, la hermosura de las viejas piedras, le atraen a usted.

DON JOAQUÍN

Sí, eso es. *Old Spain!*

EL MARQUÉS

Cuando usted habla con un labriego de nuestras campiñas o entra en un taller y conversa con un artesano, la calma, el sosiego, las maneras lentas y reposadas de esos viejos castellanos, tan señores en su humildad, le atraen a usted.

DON JOAQUÍN

Sí, sí. *Old Spain!*

EL MARQUÉS

Cuando penetra usted en una Catedral y contempla usted en la inmensidad de la nave una viejecita silenciosa, vestida de negro, que permanece horas y horas entregada a su fe, a sus profundos sentimientos tradicionales, sin esperar nada de nadie, ni ambicionar ya nada, usted se siente atraído irresistiblemente.

DON JOAQUÍN

Sí, sí. *Old Spain!*

EL MARQUÉS

Cuando usted asciende por la colina en que está asentado un viejo castillo y contempla luego desde las rotas almenas la vieja ciudad, que se desparrama allá en lo hondo, llena de palacios primorosos, usted se siente atraído por esta obra admirable de tantos siglos.

DON JOAQUÍN

Sí, sí. *Old Spain!*

EL MARQUÉS

Y, sin embargo, don Joaquín, usted querría transformar el ambiente de todo este paisaje, de todas estas ciudades; usted querría imprimir un impulso formidable a la vida española.

DON JOAQUÍN

¡Oh, sí, sí; eso es lo cierto!

EL MARQUÉS

Y lo cierto es también que para eso habría que abolir el pasado.

DON JOAQUÍN

¿Abolir el pasado?

EL MARQUÉS

Borrar la obra lenta y compleja de muchos siglos.

DON JOAQUÍN

Es preciso caminar hacia lo porvenir.

EL MARQUÉS

Es preferible gustar las cosas hora por hora, minuto por minuto, que pasar vertiginosamente por la vida.

DON JOAQUÍN

El mundo está cada vez más dominado por la acción.

EL MARQUÉS

Sí; por la acción y por la cantidad. Y ese ambiente de la vieja España que usted admira, y que al mismo tiempo le desagrada, es la tradición, la experiencia de incontables generaciones. Y la tradición no se improvisa. La tradición es la finura y el sentido de lo perfecto. Cuando yo veía que antes se llevaban de nuestras ciudades bellas portadas de edificios, y a veces viejos pa-

lacios enteros, yo lo deploraba; pero al mismo tiempo pensaba que lo que no se pueden llevar esos pueblos grandes y poderosos es el ambiente de perfección que ha creado esos palacios y esas ciudades.

DON JOAQUÍN

¿No siente usted, Marqués, deseos de salir de Nebreda?

EL MARQUÉS

¿Adónde iré que no vea lo que ya he visto? Cielo, tierras, montañas, mares... Yo soy ya viejo. ¿Ve usted este palacio? Esta casa es una de las más hermosas de Castilla. Y en esta casa mi hija y yo sólo habitamos una parte reducida del edificio. Todo lo demás es para nosotros inútil. Y nuestra comida es tan sobria como nuestra habitación.

DON JOAQUÍN

¿Ha vivido usted siempre en Nebreda, Marqués?

EL MARQUÉS

He vivido con mi familia en Madrid. Hemos vivido también largas temporadas en el extranjero. Desde que se murió mi mujer, hace seis años, me retiré a Nebreda y todo acabó para mí. ¿No conocen ustedes esta casa?

DON JOAQUÍN

Mucho gusto, Marqués, tendremos en conocerla.

EL MARQUÉS

Con permiso de ustedes; iré a dar orden de que abran todas las dependencias y ahora mismo podrán ustedes visitarla. *(Sale el Marqués.)*

MÍSTER BROWN

Esto es admirable, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

Verdaderamente admirable, míster Brown. *(Míster Brown se sube al respaldo de la silla.)*

MÍSTER BROWN

¡Turidu!

DON JOAQUÍN

Old Spain! (Sale la Condesita.)

MÍSTER BROWN

Perdone otra vez, señorita.

LA CONDESITA

Está usted bien. ¡Si no le digo que le he visto muchas veces!...

DON JOAQUÍN

¿Y a mí también?

LA CONDESITA

¿A usted? ¿De qué modo, siendo de tan lejos?

DON JOAQUÍN

¿Cómo sabe usted que soy de tan lejos?

LA CONDESITA

Parecía tener usted antes mucho interés por las gentes muy lejanas.

DON JOAQUÍN

Pero el que yo tuviera interés en oír su opinión sobre esas gentes, no quiere decir que sea yo también de allá lejos.

LA CONDESITA

¿Qué importa, después de todo, el lugar del nacimiento? Lo que importa es el corazón con que nacemos.

DON JOAQUÍN

¿Y usted cree que hay gentes sin corazón?

LA CONDESITA

Sin corazón... o teniéndolo sólo para sentir los goces materiales y rudos de la vida.

DON JOAQUÍN

¿No concibe usted que esos llamados intereses materiales pueden ser el nervio de la vida moderna?

LA CONDESITA

El nervio de la vida moderna es el mismo que el de la vida antigua: el espíritu.

DON JOAQUÍN

Pero el espíritu no es la inacción.

LA CONDESITA

Pero el movimiento, el ir y venir afanoso de las gentes, no añade nada a la nobleza del espíritu.

DON JOAQUÍN

Hay una oposición irreductible, Condesita, entre el ideal de ciertas naciones y el de otras.

LA CONDESITA

¿Irreductible, don Joaquín? No soy yo tan severa; lo que sospecho es que las personas nacidas en uno u otro de esos países no tendrán mucha facilidad para entenderse.

DON JOAQUÍN

¿Ni para amarse tampoco?

LA CONDESITA

¿Amarse?

DON JOAQUÍN

Sí, amarse.

LA CONDESITA

El amor está por encima de todo.

DON JOAQUÍN

El amor llega a comprenderlo todo.

LA CONDESITA

O, por lo menos, a tolerarlo todo.

DON JOAQUÍN

¿A tolerarlo? ¡Yo no quiero que me tolere nadie!

LA CONDESITA

Perdón, don Joaquín. ¿Cómo puede usted suponer que me refería a su persona?

DON JOAQUÍN

Los niños comienzan bromeando y acaban riñendo.

LA CONDESITA

Y usted, ¿quiere principiar por el final?

DON JOAQUÍN

Voy siempre un poco contra la costumbre; lo inusitado me enamora.

LA CONDESITA

¿Es usted un poco extravagante, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

¿Un poco? Un mucho, un mucho... La vida sin extravagancias no tiene encantos.

LA CONDESITA

Y como en España no hay extravagancias, es preciso hacer muchas para que los españoles salgan de sus casillas.

DON JOAQUÍN

¡Condesita, por Dios, dígame usted! ¡Eso lo he pensado yo, lo he escrito yo! Estoy asom-

brado. ¿Cómo ha podido usted adivinarlo? *(Apacece el marqués.)*

EL MARQUÉS

Señores, cuando ustedes gusten. Ya está todo abierto y dispuesto para que ustedes visiten la casa.

DON JOAQUÍN

A los pies de usted, señorita.

MÍSTER BROWN

Señorita...

LA CONDESITA

Señores, mucho gusto. *(Salen el marqués, don Joaquín y míster Brown. La condesita coge una labor y se pone a trabajar junto a un balcón. Breve pausa. Sale el marqués).*

EL MARQUÉS

Ya van esos señores escaleras arriba, en com-

pañía de Agueda; voy a coger la llave del oratorio, que me había olvidado. *(Toma el marqués una llave de un escritorio o bufete.)*

LA CONDESITA

Papá, ¿qué te ha dicho ese señor?

EL MARQUÉS

Es un señor un poco raro; pero simpático. Ya te contaré luego.

LA CONDESITA

Yo le he visto también mucho por las afueras. Una tarde iba yo por la Alameda Vieja con Agueda; ese señor iba delante; había estado escribiendo en un cuadernito y después arrancaba las hojas y las guardaba en una cartera. Como hacía viento, una de las hojitas se le escapó sin que él lo viera y comenzó a volar por el campo. Agueda la cogió y me la dió a mí. La nota estaba escrita en inglés; ya te la enseñaré luego. Encima pone por título *Nueva York*

Nebreda, y luego dice que en Nueva York las extravagancias no escandalizan a nadie; que en España una extravagancia conmueve a todo un pueblo; que es preciso hacer en España muchas extravagancias para que los españoles salgan de sus casillas; y que sólo cuando los españoles salgan de sus casillas podrá progresar Epaña.

EL MARQUÉS

Es curioso. Ya había oído hablar de este señor. Es un poco extravagante.

LA CONDESITA

Extravagante, no, papá.

EL MARQUÉS

Estrafalario.

LA CONDESITA

Estrafalario, no, papá.

EL MARQUÉS

Fantástico.

LA CONDESITA

No, no, fantástico, no, papá. Yo lo he visto paseando por las afueras.

EL MARQUÉS

¿Y él te ha visto a ti?

LA CONDESITA

Pasea mucho por los alrededores del pueblo.

EL MARQUÉS

¿Y él te ha visto a ti?

LA CONDESITA

Es un gran andarín.

EL MARQUÉS

¿Y él te ha visto a ti?

LA CONDESITA

¡Papá, qué cosas tienes!

EL MARQUÉS

Hasta ahora, Pepita. *(El marqués se marcha y se detiene en la puerta. La condesita deja la labor apoya el codo en la rodilla y reclina la cabeza en la mano, así permanece un momento pensativa; el marqués la mira desde lejos, llega despacito hasta ella por detrás, le pone las manos en la cabeza y le da un beso en la frente. Después sale presuroso.)*

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Calle. Al levantarse el telón están en escena dos ancianos, Don Nemesio y Don Vedasto. Se oyen de cuando en cuando clamorosas vociferaciones. Una murga toca una música viva, alegre, fuera de la escena.

DON VEDASTO

¡Qué escándalo!

DON NEMESIO

¡Qué horroroso!

DON VEDASTO

¡Esto es el fin del mundo!

DON NEMESIO

¡Esto no ha ocurrido desde el tiempo de los franceses!

DON VEDASTO

¡Tiene la culpa el Gobierno!

DON NEMESIO

Antes no pasaban estas cosas. *(Sale corriendo el Corresponsal.)*

EL CORRESPONSAL

¿No saben ustedes lo que pasa?

DON NEMESIO

¡Alguna barbaridad!

DON VEDASTO

¿Don Joaquín?

EL CORRESPONSAL

¿Son ustedes joaquinistas o antijoaquinistas? Medio pueblo es joaquinista, la otra mitad, antijoaquinistas. ¿Qué es usted, don Vedasto? ¿Qué es usted, don Nemesio? Voy corriendo a telegrafiar a Madrid, a mi periódico...

VOCES

¡Viva don Joaquín!

OTRAS VOCES

¡Muera don Joaquín. *(Se oyen aplausos clamorosos. Luego protestas. Sigue tocando la murga.)*

DON NEMESIO

¡Qué escándalo!

DON VEDASTO

¡Tiene la culpa el Gobierno!

EL CORRESPONSAL

¿Qué son ustedes, joaquinistas o antijoaquinistas? Voy corriendo a telegrafiar a mi periódico; ya todos los periódicos de Madrid hablan del suceso... Y lo peor —¿saben ustedes? Sabe usted, don Nemesio; sabe usted, don Vedasto—; lo peor es que la condesita de la Llana no se quiere casar con don Joaquín.

DON NEMESIO

¿Qué no se quiere casar?

DON VEDASTO

¡Que no se case!

DON NEMESIO

Teniendo tantos millones don Joaquín...

DON VEDASTO

¿Cree usted que tiene tantos millones?...

DON NEMESIO

Es archimillonario.

DON VEDASTO

¡Es un farsante!

DON NEMESIO

¡Antijoaquinista!...

DON VEDASTO

¡Joaquinista!

EL CORRESPONSAL

Señores; paz, paz. Voy a escape a telegrafiar.

VOCES

¡Viva don Joaquín!

OTRAS VOCES

¡Muera don Joaquín! *(Se oyen de nuevo aplausos. Luego, protestas.)*

DON NEMESIO

¡Es horroroso!

DON VEDASTO

¡Tiene la culpa el Gobierno!

EL CORRESPONSAL

Vengo en seguida, vengo en seguida. ¡Ah! ¿No conocen ustedes la hoja que ha publicado don Joaquín? Se ha repartido por todo el pueblo... Aquí está... No, no; esto es una receta para hacer pestiños... No, esto tampoco es; esto es la oración de San Serenín que me ha dado mi cuñada para que se la dé a mi mujer... Aquí está. Como la condesa de la Llana no se quiere casar con don Joaquín, ¿qué ha hecho don Joaquín? Ha prometido lo siguiente, si la condesita accede al casamiento. Atención. *(Lee.)* "Sepan todos los habitantes de Nebreda que el abajo firmante promete: pesetas cien mil para la catedral; doscientas mil para la Escuela de Artes y Oficios; trescientas mil para un hospital;

doscientas mil para el Casino; doscientas mil, distribuídas en ocho premios de veinticinco mil, que habrán de ser sorteados entre los vecinos de Nebreda. Promete todo esto el abajo firmante, si la condesita de la Llana le concede el suspirado sí. El millón de pesetas se halla depositado en el Banco de España. Firmado, Joaquín González Moore. Nota: invito a los señores representantes de la Prensa a que hagan información de este suceso. Y prometo corresponder a su trabajo con mi especial gratitud". ¿Eh, qué tal?

DON NEMESIO

¿Tantos millones tiene don Joaquín?

DON VEDASTO

No tiene un céntimo.

DON NEMESIO

Es un archimillonario.

DON VEDASTO

Es un farsante.

VOCES

¡Viva don Joaquín!

OTRAS VOCES

¡Muera don Joaquín! *(Aplausos; protestas. Toca la murga.)*

EL CORRESPONSAL

Ahí en la plaza está todo el pueblo... *(Llamando a alguien que pasa fuera de la escena.)* ¡Eh! Alcalde, ¿dónde va usted?... Un momento. *(Sale el alcalde).*

EL ALCALDE

¿Qué hay, Corresponsal? ¿Sabe usted la novedad? He telegrafiado esta mañana a Madrid, al Gobernador del Banco de España... Ya habrá usted leído la hoja que ha circulado por ahí.

EL CORRESPONSAL

Sí, se ha telegrafiado también a Madrid a los periódicos.

EL ALCALDE

Yo, el alcalde de Nebreda, obligado a saberlo todo, a mantener el orden, a volver por los principios, a... Bueno; he telegrafiado al Gobernador del Banco de España; he preguntado atentamente, claro; con todo respeto, claro; con toda cortesía, claro...

EL CORRESPONSAL

¡Claro!

EL ALCALDE

He preguntado si estaba allí depositado el millón de pesetas de don Joaquín, ¿y saben ustedes lo que han contestado? Acabo de recibir este telegrama del Gobernador del Banco.

VOCES

¡Viva don Joaquín!

OTRAS VOCES

¡Muera don Joaquín! *(Aplausos; protestas.)*

EL ALCALDE

No me dejarán leer el telegrama. *(Lee.)* "Gobernador del Banco de España a Alcalde de Nebreda. La cuenta corriente de don Joaquín González Moore, en el Banco de España, asciende a veinte millones de pesetas. Hay aquí depositado un millón para donativos condicionales a esa ciudad. La fortuna personal de don Joaquín González Moore en los Estados Unidos, se calcula en treinta millones de dólares. Correspondo atentamente a su saludo".

EL CORRESPONSAL

¡Qué barbaridad!

DON NEMESIO

¡Qué animal!

DON VEDASTO

¡Qué bruto!

EL ALCALDE

¿Qué dicen ustedes ahora?

EL CORRESPONSAL

Yo he sido siempre joaquinista.

DON NEMESIO

Y yo también.

DON VEDASTO

Yo también tenía mi sospecha.

EL ALCALDE

He estado en la estación... ¿Dónde se ha metido usted, corresponsal? Han llegado una

porción de redactores de periódicos de Madrid. Vienen también fotógrafos. Hasta ha llegado el representante de una casa de películas de los Estados Unidos... ¿Dónde se ha metido usted? ¿Usted sí que estará enterado de lo del collar de Lucita Serrano? ¿El collar de perlas que le regaló don Joaquín y que llevaba anoche Lucita en el baile del casino? ¡Un collar que vale cincuenta mil pesetas! Lo descubrió Daza, el joyero. Y se lo quiso comprar a Lucita en tres mil duros.

EL CORRESPONSAL

¡Qué escándalo!

DON NEMESIO

¡Qué tío!

DON VEDASTO

¡Cómo se aprovecha!

EL ALCALDE

Me marcho, me marcho... ¡Hay que hacer que la condesita se case con don Joaquín!

EL CORRESPONSAL

¡Claro que se ha de casar!

EL ALCALDE

Pues no quiere casarse.

DON NEMESIO

Eso sería una vergüenza para el pueblo.

DON VEDASTO

¡No lo toleraremos!

EL ALCALDE

(Llamando a alguien que pasa fuera de la escena.) ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! Venga usted aquí un momento.

VOZ FUERA

No puedo; voy al telégrafo.

EL ALCALDE

¿Pasa algo?

LA VOZ

¡Gran notición! ¡Notición sensacional! Ha desaparecido del pueblo la condesita de la Llana; no se sabe de ella desde hace dos días. El marqués no quiere decir dónde está.

EL ALCALDE

¡Eh! ¿Qué dice usted?

VOZ FUERA

Y acaban de marcharse también del pueblo don Joaquín y míster Brown.

EL ALCALDE

¡Diablo! ¡Eso no puede ser!

EL CORRESPONSAL

Vamos corriendo a casa del marqués.

DON NEMESIO

Vayan ustedes.

DON VEDASTO

Corran, corran a casa del marqués. *(Se oyen vivas a don Joaquín. Pero ahora la aclamación es unánime. Como en una salmodia, con ritmo musical; la multitud aclama a don Joaquín. Se oye a lo lejos la murga.)*

VOCES

¡Viva, viva, viva don Joaquín!... ¡Viva, viva, viva don Joaquín!...

CUADRO SEGUNDO

Exterior de una casa de campo. En escena La Condesita y Agueda. La Condesita, con un cestito en la mano, echa de comer a unas palomas, que se supone están fuera.

LA CONDESITA

¡Palomitas, palomitas! Mira cómo acuden, Agueda. Todas bajan, todas bajan. Oiga, esa rabiosilla no quiere dejar comer a las otras. ¡Palomitas, palomitas! *(A Agueda.)* Y ahora, vamos a lo importante.

ÁGUEDA

¡Ay, Pepita! ¿Qué es lo que vas a hacer?

LA CONDESITA

Déjate de lamentaciones, Agueda. Demasiado sabes tú lo que voy a hacer. ¿Qué voy a hacer?

ÁGUEDA

Sí. ¿Qué vas a hacer?

LA CONDESITA

Voy a darle una lección a don Joaquín y al mismo tiempo distraerme un poco.

ÁGUEDA

¡Ay, Pepita mía! Te conozco desde que naciste; te he tenido en mis brazos y no quiero más que tu bien.

LA CONDESITA

¿Y crees tú que yo puedo hacer algún disparate?

ÁGUEDA

Disparate, no; pero, ¿es propio esto de la Condesa de la Llana?

LA CONDESITA

¿Y por qué no ha de ser propio?

ÁGUEDA

¿Y qué dirá don Joaquín? Don Joaquín te quiere; se casará contigo.

LA CONDESITA

Si me quiere don Joaquín, me querrá más cuando vea que yo le gano a él en extravagancias. ¿No quiere extravagancias? Pues las va a tener y gordas.

ÁGUEDA

Y tu padre; ¿qué dirá tu padre?

LA CONDESITA

Mi padre, encantado. ¿A quién hacemos daño con esto? Después de todo, es una broma inocente y muy española, de buen gusto.

ÁGUEDA

Pero, ¿vendrá don Joaquín?

LA CONDESITA

¿Quién lo duda? ¿Has oído lo que nos ha dicho el recadero, que todas las mañanas y todas las tardes enviamos con el auto al pueblo? Don Joaquín, al principio, me creía escondida en algún convento de la ciudad. Los registró todos; es decir, él no; él dió dinero; hizo donativos espléndidos, y acabó por saber que en los conventos de la ciudad no estaba yo.

ÁGUEDA

¡Ay, Pepita! ¿Y cómo va a saber que estamos aquí? Desistirá de su amor.

LA CONDESITA

¡Qué simple eres, Agueda! Al contrario; más apasionado ahora que antes. El debe de sospechar que estoy en alguna finca de la familia;

ya de otras casas lejanas han venido labradores y nos han dicho que don Joaquín ha enviado mensajeros que me buscaban. No tardará él en estar aquí. En automóvil se recorre en poco tiempo todo el término de Nebreda.

ÁGUEDA

¡Ay, Pepita, tengo miedo a estos caprichos tuyos!

LA CONDESITA

¡Simple, simple, simple! Y cuando saliera mal todo, ¿qué íbamos perdiendo?

ÁGUEDA

¡Perder ese partido tan bueno!

LA CONDESITA

¿Y qué me importa a mí la fortuna de don Joaquín? ¿Para qué quiero más de lo que tengo? Con lo que tengo yo, con lo que tendré el

día de mañana, me río de todos los multimillonarios. No necesito más.

ÁGUEDA

Pero, ¿vendrá don Joaquín?

LA CONDESITA

Vendrá don Joaquín, y no ha de tardar mucho. Mira, llama a Servando, el cachicán. Por allí va. ¡Servando! ¿Eh? Aquí... *(Sale Servando.)*

LA CONDESITA

Oye, Servando; todo lo que yo he ordenado, ¿está ya a punto?

SERVANDO

Sí, señorita. Todos los comediantes, los que han de hacer de comediantes, están preparados.

LA CONDESITA

¿Has hablado de nuevo a todos?

SERVANDO

Sí, señorita; todos están arreglados para cuando la señorita disponga.

LA CONDESITA

Yo les he aleccionado bien; pero temo que alguno no sepa su papel.

SERVANDO

Esté descuidada la señorita.

LA CONDESITA

Vamos a ver, Servando; primero... ¿qué hemos dicho que será lo primero?

SERVANDO

Lo primero, lo de los tiritos.

LA CONDESITA

Sí, lo de los tiritos. ¿Y luego?

SERVANDO

Luego, lo de los comediantes y la armadura.

LA CONDESITA

¿Tú sabrás cuando hay que principiar?

SERVANDO

Sí, señorita; cuando esté aquí ese señor que se llama don Joaquín.

LA CONDESITA

Es un caballero alto, buen mozo...

SERVANDO

¿Buen mozo?

LA CONDESITA

Sí, buen mozo, guapo...

ÁGUEDA

¡ Ay, Pepita, y cómo dices eso de buen mozo y guapo!

LA CONDESITA

Vamos, Agueda, calla. ¿No quieres que diga la verdad?

ÁGUEDA

Sí, sí, di la verdad, Pepita. Recréate diciendo la verdad.

SERVANDO

¿Dice la señorita que buen mozo y guapo?

LA CONDESITA

Eso es. Buen mozo, alto, erguido...

SERVANDO

Está bien, señorita. Y si hace falta, ¿habrá que darle también algún cachiporrazo?

LA CONDESITA

¡Jesús! ¡Qué barbaridad! ¡Qué horror! Hay que tratarle con toda clase de consideraciones.

SERVANDO

Perdone usted, señorita; es que yo creía que era algún enemigo de la señorita.

LA CONDESITA

Enemigo mío, no. Hay que tratarlo con toda finura.

ÁGUEDA

Sí, sí, Servando. Hay que tratarlo como a las niñas de los ojos de la señorita.

LA CONDESITA

Vamos, Agueda, vamos... ¿Has puesto, Servando, un centinela en la torrecilla de la casa?

SERVANDO

No hace falta, señorita. Si es para ver los autos que vienen por la carretera, yo tengo más vista que nadie. Desde aquí yo veo allá lejos, lejos, cuando aparece un auto por la carretera...

LA CONDESITA

Pues fíjate bien para que no nos cojan desprevenidos.

SERVANDO

¡A ver, a ver! ¡Toma, pues si parece que ha asomado uno allá por lo alto!

LA CONDESITA

Tienes una vista maravillosa, Servando. Yo apenas distingo nada.

SERVANDO

Sí, sí. Viene un auto por allá lejos,

LA CONDESITA

Él debe de ser. Listo, listo a la cabeza. Avisa a todos.

SERVANDO

Voy corriendo, señorita, voy corriendo. *(Se marcha.)*

LA CONDESITA

Tú, Agueda, conmigo; vamos a la casa. *(Pausa.)* Agueda...

ÁGUEDA

¿Qué? ¿Ves? Lo decía yo...

LA CONDESITA

Agueda...

ÁGUEDA

¿Vacilas? ¿Dudas? Tenía yo razón.

LA CONDESITA

¿Vacilar yo? ¿Dudar yo, siendo quien soy? No... no es eso. Es que siento, siento hasta el fondo del alma, que este es un minuto decisivo para mí. Es que en este minuto se va a abrir para mí una nueva vida. Es que veo ya que no soy la misma que era antes. Todo va a cambiar para mí, Agueda; de un lado está mi juventud libre, independiente en esa vieja ciudad castellana; y de otro... No sé, Dios mío, qué es lo que me está reservado. Mi vida va a ser desde este momento otra distinta. Y ya no veré con los mismos ojos este cielo azul, ni las montañas, ni las serenas noches estrelladas de Castilla... ¡Ah, estrellitas del cielo de España! Ya acaso deje de veros para siempre.

ÁGUEDA

¿Y por qué, Pepita? Aún es tiempo.

LA CONDESITA

Tiempo, ¿de qué? ¿Es que podemos detener la vida que pasa? Adelante, adelante; en mar-

cha, en marcha hacia lo desconocido. No puedo retroceder. Mi corazón lo manda. Y yo... ya no soy dueña de mi corazón. *(Mutis las dos. Pausa ligera. Entran don Joaquín y míster Brown.)*

DON JOAQUÍN

Me parece, míster Brown, que hemos acertado.

MÍSTER BROWN

¿Cree usted, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

Creo que nos hallamos en una pista segura.

MÍSTER BROWN

¡Dios lo haga! Estoy derrengado de tanto automóvil. ¡Y tengo un apetito! Hemos recorrido todo el término de Nebreda. ¿No podríamos tomar aquí algo, don Joaquín?

DON JOAQUÍN

El te, el te de las cinco...

MÍSTER BROWN

Unas magras con unos traguitos, don Joaquín. ¡Tengo un apetito!

DON JOAQUÍN

¿No hay nadie aquí? Todo está cerrado: puertas y ventanas. Llame usted, míster Brown. *(Míster Brown se acerca receloso, llama y arrojan desde una ventana un jarro de agua.)*

MÍSTER BROWN

¡Qué barbaridad! Se dice: *Agua va.*

DON JOAQUÍN

Curioso, curioso... Pintoresco... pintoresco...

MÍSTER BROWN

¡Acuático! ¡Acuático!

DON JOAQUÍN

Muy pintoresco. Llame usted otra vez, míster Brown.

MÍSTER BROWN

¿Que llame yo?

DON JOAQUÍN

Es usted mi secretario general.

MÍSTER BROWN

¿Que llame yo como secretario general?

DON JOAQUÍN

Sí, míster Brown.

MÍSTER BROWN

Pero usted, don Joaquín, ¿cree que los secretarios generales están para llamar a las puertas?

DON JOAQUÍN

Para llamar a las puertas y para todo lo que haga falta.

MÍSTER BROWN

¿Y si me echan otro jarrito de agua?

DON JOAQUÍN

Llame usted, míster Brown. No tenga miedo. Yo sabré recompensar su heroísmo. Mil pesetas *(míster Brown da un paso hacia la puerta)*, dos mil pesetas *(míster Brown da otro paso)*, tres mil pesetas por llamar a la puerta. *(Míster Brown sigue avanzando hacia la puerta, lleno de miedo; suena un disparo y retrocede corriendo.)*

MÍSTER BROWN

¡Que me matan, que me matan!

DON JOAQUÍN

¡Hombre, míster Brown, usted es un ser pusilánime!

MÍSTER BROWN

Pusi... ¿qué? Yo no llamo a esa puerta. Que llame otro.

DON JOAQUÍN

No pasa nada; va usted a ver. Llamaré yo. *(Se acerca don Joaquín, llama a la puerta y aparece una vieja en una ventana.)*

VIEJA

¿Quién es?

DON JOAQUÍN

Abran a unos viajeros. ¿Ve usted, míster Brown, como no pasa nada?

MÍSTER BROWN

¿Que no pasa nada? ¿No cree usted que debemos marcharnos ya? Esto ya está visto, don Joaquín.

DON JOAQUÍN

Espere, espere; no tenga prisa. Esto comienza a ponerse interesante.

MÍSTER BROWN

¿Interesante? No veo el interés. *(Sale de la casa un personaje disfrazado de bandolero andaluz; trae un trabuco y comienza a pasearse ante la fachada.)* ¡Anda, y qué personaje sale por la puerta!

DON JOAQUÍN

Vaya usted hacia él, míster Brown. Interróguele, interróguele. Es usted mi secretario general.

MÍSTER BROWN

¿También los secretarios generales han de interrogar a estos ciudadanos?

DON JOAQUÍN

Acérquese. Pregúntele si ésta es la casa del marqués de Cilleros.

MÍSTER BROWN

¿Eh, caballero?

DON JOAQUÍN

¿Dice usted caballero?

MÍSTER BROWN

¿Cree usted, don Joaquín, que un hombre que lleva un trabuco al hombro no es caballero? Llámele usted otra cosa a ver lo que pasa.

DON JOAQUÍN

Interrogue.

MÍSTER BROWN

¿Eh, caballero? ¿Es esta la casa de la Umbría?

BANDIDO

Esta no es casa; esto es castillo.

MÍSTER BROWN

¿Castillo? ¡Pues me río yo del castillito!

DON JOAQUÍN

Sí debe de ser un castillo. *(Sale una dueña.)*

DUEÑA

Sí, señor; un castillo, y en él está encantada la nueva Dulcinea del Toboso. *(Sale un personaje con armadura y una gran lanza.)*

MÍSTER BROWN

¡Ya escampa! Don Quijote de la Mancha.

DON JOAQUÍN

¡Oh, fantástico, sublime, muy pintoresco!

MÍSTER BROWN

¿Adónde va ese tío?

DON JOAQUÍN

Interrogue, interrogue, míster Brown.

MÍSTER BROWN

¿Que le interrogue yo con esa lanza que lleva?

DON JOAQUÍN

No tema, no tema. Yo le protejo. Don Quijote es un caballero.

MÍSTER BROWN

Ya sale Dulcinea. Ya la traen en una silla de manos. *(Aparece una silla de manos, en la que viene una dama cubierta con un velo.)*

DON QUIJOTE

Yo, don Quijote de la Mancha, hago saber a todos que la nueva y sin par Dulcinea del Toboso está encantada por obra de un malsín encantador. Y que no saldrá de su encantamiento en tanto que el nuevo Sancho Panza, o sea míster Brown, no se propine con propia mano una tanda de doscientos azotes.

MÍSTER BROWN

¡Qué bárbaro! ¡Yo doscientos azotes!

DON JOAQUÍN

Doscientos azotes nada más, míster Brown.

MÍSTER BROWN

¿Yo darme doscientos azotes? ¡Ni soñando! Señora, esto ya pasa de ser una broma. ¡No, no, en serio, no! ¿Quién es usted? Descúbrase usted. Yo no me dejo dar azotes. Señora, por favor; descúbrase usted. *(La dama enlutada se descubre y ríe a carcajadas.)*

DON JOAQUÍN

¡Divina Condesita!

LA CONDESITA

¡*Old Spain,* don Joaquín!

DON JOAQUÍN

¡Divina Condesita! ¡Admirable país de España!

LA CONDESITA

¿Quiere usted más extravagancias, don Joaquín? Los españoles hasta que no salgamos de nuestras casillas no podremos progresar.

DON JOAQUÍN

¿Pero es usted adivina, Pepita? ¡Yo he escrito eso alguna vez!

LA CONDESITA

Ya le contaré a usted, señor.

DON JOAQUÍN

¿ Señor nada más ?

LA CONDESITA

Y amigo.

DON JOAQUÍN

¿ Y amigo nada más ?

LA CONDESITA

Ahora, amigo. *(Van desapareciendo los demás personajes por la puerta de la casa.)*

DON JOAQUÍN

¿ Se han marchado ?

LA CONDESITA

Estamos solos.

DON JOAQUÍN

Solos con nuestros corazones. Y en la majestad de la tarde.

LA CONDESITA

¿No le gustan a usted estos momentos de la tarde?

DON JOAQUÍN

Esta tierra española es admirable a todas horas.

LA CONDESITA

¡Qué hora tan henchida de emoción, en la tierra de Castilla, ésta en que la tarde va declinando! ¡Qué bonita esa estrella!

DON JOAQUÍN

Maravillosa.

LA CONDESITA

¿Resplandecen tanto como aquí en América las estrellas?

DON JOAQUÍN

Sí, y hay ojos que las contemplan con los mismos anhelos.

LA CONDESITA

¿Y dicen las mismas cosas que aquí?

DON JOAQUÍN

Dicen... dicen... cosas del corazón.

LA CONDESITA

Las estrellitas hablan a todos.

DON JOAQUÍN

Y a unos dicen alegrías y a otros dicen penas.

LA CONDESITA

Y a usted, ¿qué le dicen?

DON JOAQUÍN

A mí me dicen temor.

LA CONDESITA

Temor, ¿de qué?

DON JOAQUÍN

Temor de no lograr la felicidad que deseo.

LA CONDESITA

El cielo nos liga más a la tierra.

DON JOAQUÍN

¿Por qué?

LA CONDESITA

Porque la contemplación del cielo, de la in-

mensa bóveda azul, nos hace meditar... Y esa meditación nos hace evocar a nuestros antepasados, los seres a quienes hemos querido, y que vemos, con el pensamiento, unidos a la casa, a la ciudad, a la patria, en que vivieron y en que vivimos ahora nosotros.

DON JOAQUÍN

Es verdad, Pepita. Y cuando el azar de la vida nos lleva a conocer, a estimar, a amar a una persona de distinta patria que la nuestra, parece que en nuestro espíritu se abre como una ventanita iluminada.

LA CONDESITA

Iluminada con otra luz que nuestros ojos no han visto nunca.

DON JOAQUÍN

¿No quiere usted contemplar esa luz nueva, Pepita?

LA CONDESITA

Me atrae esa lucecita de la ventana iluminada y tengo al mismo tiempo miedo.

DON JOAQUÍN

Miedo, ¿de qué?

LA CONDESITA

De perder mi serenidad espiritual; de perder lo que amo más que todo: ese dulce lazo que me liga al pasado.

DON JOAQUÍN

¿Y no ganará usted nada en cambio, Pepita? ¿Nó ganará usted el fundar en el viejo tronco un árbol nuevo? La humanidad es eso: renovación, continuación del pasado; pero añadiendo al pasado una fuerza nueva.

LA CONDESITA

¡Ay! Me atrae, por un lado, la ventanita iluminada, y siento también, por otro,, hasta el fon-

do del alma, el amor a esta vieja tierra de Castilla. *(Pausa.)*

DON JOAQUÍN

La tarde declina, Pepita.

LA CONDESITA

Y las estrellitas van pronto a brillar.

DON JOAQUÍN

¿Quiere usted que veamos cómo desciende el crepúsculo sobre la ciudad lejana?

LA CONDESITA

Desde aquel altozano se ven lucir los cristales de la ciudad cuando los hiere el sol poniente.

DON JOAQUÍN

Vamos, vamos, Pepita.

LA CONDESITA

¿Quiere usted contemplar el crepúsculo?

DON JOAQUÍN

Y quiero que el crepúsculo sea para nosotros una aurora. *(Se van alejando hacia el fondo la Condesa y don Joaquín.)*

MÍSTER BROWN

(Apareciendo por la ventana de la casa.) ¡*Old Spain!* ¡Siempre la vieja España!

FIN

LAS ACOTACIONES

He reducido a lo indispensable las acotaciones. No he puesto tampoco, a la cabeza de cada acto o cuadro, sino poquísimas palabras para situar la escena. No he podido nunca leer sin trabajo las difusas, prolijas, pintorescas descripciones que se suelen ingerir en las obras escénicas. Las acotaciones, para el actor original, observador, no sirven de nada. Estorban y no ayudan. En el arte del teatro, el diálogo lo es todo. Todo debe estar en el diálogo. En el diálogo limpio, resistente y flexible a la vez; flúido y coloreado. Cada actor ha de encontrar en el diálogo motivación para su arte personal. En el primer acto de esta comedia, a lo largo de la escena --tan difícil-- entre don Joaquín y míster Brown, lo mismo que en la escena de la farsa final, yo podría haber expresado los mil efectos y recursos de risas, llantos fin-

gidos, miedos cómicos, piruetas, lentitudes medrosas, exclamaciones, muecas, visajes, etc., etc., que los dos primeros creadores de *Old Spain*, Santiago Artigas y Manuel Díaz González, geniales, personalísimos, han puesto en la interpretación. He creído, sin embargo, que debía dejar ancho campo a la espontaneidad de otras creaciones. ¡La imaginación, la imaginación y siempre la imaginación es la gran creadora —madre fecunda— en el Arte!

AZORÍN.

Madrid, 1926.

PRINTED IN SPAIN